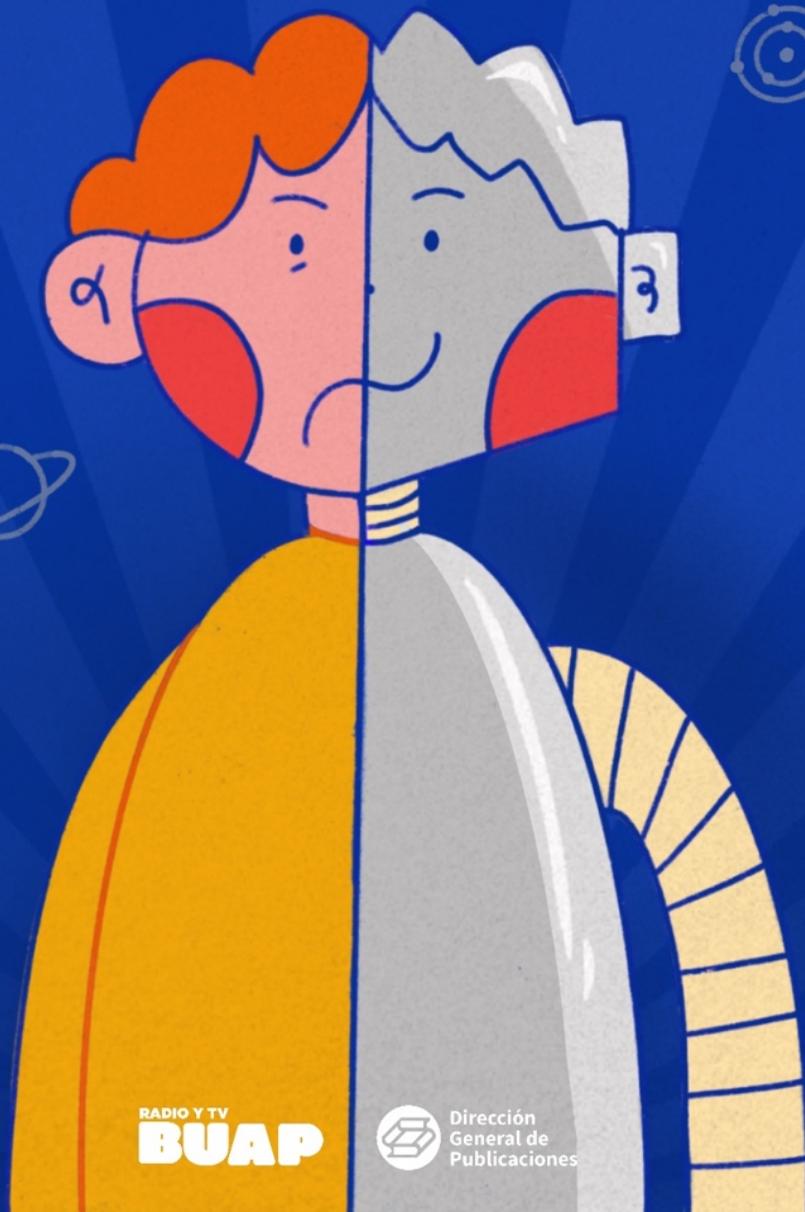


Narraciones de Ciencia y Ficción 2021

Coordinado por Daniel Mocenchua y Ricardo Cartas



RADIO Y TV
BUAP



Dirección
General de
Publicaciones

NARRACIONES DE CIENCIA Y FICCIÓN 2021

DANIEL MOCENCAHUA Y RICARDO CARTAS
COORDINADORES



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES
2023

DR © Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
4 Sur 104, Centro Histórico, Puebla, Pue., CP 72000
Teléfono: 222 229 55 00
www.buap.mx
ISBN: 978-607-525-960-4

Dirección General de Publicaciones
2 Norte 104, Centro Histórico, Puebla, Pue., CP 72000
Teléfono: 222 246 85 59
libros.dgp@correo.buap.mx
www.publicaciones.buap.mx

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA · *Rectora*: María Lilia Cedillo Ramírez · *Secretario General*: José Manuel Alonso Orozco · *Vicerrector de Extensión y Difusión de la Cultura*: José Carlos Bernal Suárez · *Director General de Publicaciones*: Luis Antonio Lucio Venegas

Diseño de portada: Francisco González Bernal

Diseño editorial:
Dirección General de Publicaciones/Eduardo Pineda Villanueva.

Soporte final: PDF 956 kb

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	5
AGRADECIMIENTOS.....	7
S.O.F.I.....	10
CARMELO.....	33
BOND.....	50
EL QUINTO.....	73
MENTE SOBRE EL CUERPO.....	86
EL ÚLTIMO INTENTO.....	94
EL ARMA MÁS GRANDE.....	112
EL ONIRONAUTA.....	127
LA RIAJA.....	137
MI PADRE MARTE.....	153
ENREDADERAS.....	166
EL DIARIO DE MIDAS.....	182
LOCOS CON GAFAS.....	191
ÚNICO VIAJE.....	216
MOSCA.....	232

PRESENTACIÓN

Que la ciencia es un producto cultural de la humanidad es algo que no siempre es aceptado por muchos. Pero lo es, y es tan cierto como que, de entrada, la ciencia no la hacen extraterrestres, la hacen humanos, muchas veces muy comunes y corrientes. Esto se nos olvida cuando nos la venden como algo inalcanzable, solo hecha por genios. Pero si así fuera ¿qué sentido tiene estudiar?, ¿para qué ir a la universidad?

Un poco para responder estas preguntas y otro poco por el deseo de leer algo distinto, es por lo que propuse, en mancuerna con Ricardo Cartas, este concurso de narraciones de ciencia y ficción

convocado por la Vicerrectoría de Extensión y Difusión de la Cultura. Así, en vez de explicar de manera pedante un concepto científico, le dejamos esa tarea a un personaje. Pero no, los concursantes que respondieron a la convocatoria no llegaron a dar una clase de ciencias, sino que hicieron ciencia ficción de clase muy buena. Este libro es la muestra palpable de eso.

Formada por los diez relatos ganadores más los seis que recibieron mención honorífica en esta antología los autores nos regalan sus historias escritas desde la lente de jóvenes estudiantes de licenciatura y bachillerato que ven un futuro, a veces gris, a veces colorido, pero siempre inteligente y asombroso.

Daniel Mocencahua Mora. Dr. Robot

29 de octubre de 2021

AGRADECIMIENTOS

Aunque hubiera querido que una IA valorara los cuentos, tuvimos que apagarla porque empezaba a hacer demasiadas preguntas extrañas. Pero estuvo mejor porque a hora puedo agradecer a un jurado formado por personas que se emocionaron leyendo y reconociendo el talento y arte de los concursantes. Nuestros jueces fueron: Olivia Castillo Castillo (doctora en lingüística), María de los Ángeles Nolasco (maestría en educación) y Diana Jiménez Vázquez (maestra en historia del arte) del Complejo Regional Sur; Luis Ángel Aguilar Carrasco (químico, doctor en investigación e Innovación Educativa) de la Facultad de Ciencias Químicas; José Francisco

Portillo Robledo y Selene Edith Maya Rueda (con Maestría en Ciencias de la Electrónica), Rosalía Posada González (psicóloga, maestra en desarrollo humano), Luis Abraham Sánchez Gaspariano (doctor en ciencias de la electrónica) de la Facultad de Ciencias de la Electrónica; Deniss Guerra Vázquez (maestra en ciencias del lenguaje), María Andrea Vázquez Ahumada (analista del discurso con doctorado en ciencia sociales y de la educación) Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego”

Es importante mencionar que los estudiantes recibieron clases magistrales de autores importantes para aprender de ellos y mejorar sus cuentos. Vaya un agradecimiento por su tiempo y sobre todo por lo

mucho que nos enseñaron a Gerardo Horacio Porcayo, Raquel Castro, Alberto Chimal, Gabriela Damián, Daniela Tarazona y Pepe Rojo.

Agradezco al Consejo de Extensión y Difusión de la Cultura por el apoyo recibido y de modo particular al vicerrector Mtro. José Carlos Bernal Suárez por todas las facilidades para el concurso.

S.O.F.I.

Daniel Mocencahua Parraguirre

En el sistema de seguridad nacional existe un escuadrón especial que solo se ocupa de combatir las amenazas neoterroristas, estos agentes son la última línea de defensa entre las armas de destrucción masiva y el mundo, los llaman Los incursores, aunque yo no soy uno de ellos.

En realidad, Los incursores son parte de la “División de Asuntos Neoterroristas”, la D.A.N, que no por nada tenía el mayor apoyo económico por parte del gobierno y contaba con el mayor número de activos al momento en que S.O.F.I. atacó. El caos que

ocasionó fue tal que más de la mitad de los agentes fueron dados de baja y casi todo el departamento de logística fue despedido en menos de una hora. Todo comenzó con la alarma de mi despertador...

Me levanté mientras sonaba la alarma de fondo, una luz tenue apareció delante de mí e iluminó todo mi rostro, era la lámpara de la pared. Poco a poco mi cuarto fue iluminándose y moviéndose para llevarme a la ducha. Con la mitad de mi cuerpo aún dormido terminé mi aseo y me saludó una voz suave:

—Buenos días, Jiro, ¿cómo dormiste hoy? Era mi asistente personal conectada a la red, ella lleva todos los registros de mi vida diaria y también tiene acceso a mis archivos del trabajo. —Hola, ¿puedes preparar el desayuno? Tengo ganas de comer algo ligero, por favor llévalo a la oficina. Me vestía para

empezar a trabajar hasta que la voz volvió a sonar, pero con un tono un poco preocupante:

—Jiro, ¿recuerdas que te pedí ir a comprar comida ayer en la noche? No tenemos ningún tipo de provisión en la bodega, tampoco has logrado el objetivo de amabilidad de este día, por favor muestra tu gratitud. Un poco confundido por el recordatorio de gratitud me levanté y miré a la tenue luz de la pared. —Tienes razón, ¿linda, me preparas un suplemento sabor café, por favor? La luz parpadeó y como respuesta sonó música alegre en toda la casa. Cuando llegué a la sala me encontré con un cuarto vacío y una pastilla sobre un pequeño mueble, algo extraño estaba pasando y al parecer yo tenía que arreglarlo.

La mañana de un sábado normal el cartero habría lanzado a mi puerta un paquete con la leyenda “frágil”, algo irónico porque las copas de fibra de carbono eran prácticamente irrompibles. El punto es que ese sábado ni el cartero ni la caja con mis preciadas provisiones de comida deshidratada llegaron. Parecía que los servidores que manejaban el tráfico, los repartidores y los restaurantes habían sido hackeados esa misma mañana. Lo peor de todo es que mi cerebro estaba algo bajo de energía por la falta de nutrientes procesados: ¡urgía el desayuno! Tomé el suplemento alimenticio, me recosté, cerré los ojos y entré a la oficina.

En ese momento mi asistente personal inició el protocolo de emergencias:

—Buenos días, oficial, detecto fallas en los sistemas vial, de correspondencia y de producción alimenticia —decía con una nueva voz que me pareció agradable, incluso un poco familiar, estaba seguro de que se agregó la noche anterior mientras se actualizaba. Lo increíble de todo esto fue el ascenso que me concedieron en el instante en el que entré: antes solo era un programador que encabezaba al equipo de mantenimiento y ahora era un miembro oficial de la D.A.N. Me impresionó el caos que las fallas ocasionaron en todo el mundo, parecía que sin esos tres sistemas funcionando el orbe tendría los días contados.

Tomé el bloque de datos correspondiente de cada sistema y, comparando las fallas en el código, encontré lo que hacía que cada uno colapsara: todos

tenían la misma frase al principio, “#include<love.lib>”, una sola línea, un solo comando que llevaba al fallo de cada uno de los programas, aquellos que mantenían a la sociedad en pie.

Ese día mis nuevos superiores me pidieron que resolviera lo más pronto posible el asunto y que al finalizar abriera un expediente para seguir con la investigación.

Lo único que no tenía en mente cuando puse a correr de nuevo los servidores, y el sistema regresara a la normalidad, fue que al agente que le ordenaron encontrar al culpable del atentado fui yo, un agente que solo resolvía cuestiones técnicas. No fui el primero en enterarse de este problema, ¿por qué sería el indicado para encontrar a un neoterrorista? Nunca

me dieron un por qué, solo me respondían con un: “La supervisora lo pidió y no podemos contradecirla”. Con esas mismas palabras me respondieron mis compañeros, mis supervisores, los del departamento de recursos humanos, los de bodega, los de limpieza, los de mantenimiento, los de cocina e incluso el cartero robot, el cual llegó dos horas después de que los servidores fueran restaurados y venía con el holograma en su panel posterior: “La supervisora lo pidió y no podemos contradecirla”.

Mi placa dejó de mostrar “Agente técnico” y cambió a “Incursor”, por la misión que me fue asignada. Era completamente libre de hacer lo que quisiera mientras ayudara en la investigación, y como buen oficinista con poder, pedí un auto de lujo, una actualización de software avanzado de espionaje nivel

tres y un pase para entrar al baño de ejecutivos del cuartel general. Claro, todo con el propósito de hacer la investigación más amena y efectiva.

Lo que ahora me preocupaba era ¿por dónde empezar? Si el hacker que intentó sabotear el sistema pudo alterar una línea de código un sábado por la mañana, mientras que todo el mundo estaba usando los servicios, la seguridad estaba a su máxima capacidad y los agentes de la D.A.N. estaban monitoreando cada movimiento en la red, entonces solo las personas con acceso al código fuente o a los servidores físicos podrían haber ingresado y atacado con tanta facilidad. Esa fue mi primera idea, por lo que busqué cuales usuarios tenían ese tipo de privilegios y, para mi sorpresa, solo éramos cuatro: Larry, el director de sección; Fernanda, la ingeniera

que diseñó todo el sistema; Dulce, la ingeniera que se encarga de los servidores en un satélite, y yo. La verdad conocía tan bien a cada uno de los integrantes del equipo, que del único que sospechaba era de mí mismo.

Como era obvio que no podía ser un terrorista sonámbulo, ubiqué las entradas y modificaciones que todos habíamos hecho a lo largo de la semana. Como el código estaba conformado por más de tres millones de líneas, le pedí a mi asistente personal que identificara quién y qué había modificado del código. Solo pasaron un par de horas hasta que me entregó una lista con el historial de modificaciones.

—Aquí tienes, Jiro, por favor recuerda que descansar es necesario, no quiero que tu salud se vea perjudicada. Con todo en contra parecía que tenía

por fin una pista, pero lo peor era que el no comer y el estrés ya estaban pasando la factura.

Nada fuera de lo normal, cada entrada venía con un comentario que explicaba la razón de las líneas de código, tanto las nuevas como las modificaciones para optimizar el sistema. Nadie aparte de Dulce había escrito algo el mismo día que se produjo el ataque. Algo natural pues es la única que puede asegurar los servidores, y se encargó de terminar con las fallas en el código. O eso nos quería hacer pensar: al revisar más de cerca el historial, me di cuenta de que toda la semana había agregado una letra por aquí, una letra por allá, lo que parecían simples errores de dedo, que no hacían que el sistema sufriera un error fatal. Todos los que hemos programado sabemos que el más mínimo detalle

ausente, como la falta de un punto y coma, era fatal para el código. Así que tener siete errores seguidos, y que ninguno de ellos fuera crítico, era imposible, algo impensable para una profesional como Dulce.

Era mi momento de victoria. Hice mi reporte y lo mandé a mi supervisor. Esperé una hora para que me felicitaran diciendo que había logrado detener a alguna organización neoterrorista. Tal vez Dulce era algún tipo de anarquista radical que intentaba derrocar al gobierno dejando al país sin comida por una semana. Pero todo quedó en completo silencio: ni una notificación, ni una sola alarma, todo estaba tan tranquilo que sentí el escalofrío más espantoso de mi vida.

Empecé a mandar mensajes a mis compañeros y a mis amigos, todos contestaban igual: “La

supervisora lo pidió y no podemos contradecirla”; no podía ser, tenía toda comunicación restringida, el único que no contestaba era el cuartel general, después de entregar mi informe no volví a tener respuesta de este, solo podía tirarme al suelo y esperar.

Estaba tan nervioso que mi asistente personal empezó a hablarme.

—Jiro, por favor mantén la calma, recuerda que estamos bajo un protocolo de emergencia, las comunicaciones serán restablecidas pronto; para distraerte, ¿por qué no me cuentas acerca de tu satisfacción al resolver este caso? ¿No estás feliz por haber conseguido el ascenso y porque la supervisora solo confió en ti para resolver toda esta situación?

—Sí, estoy muy contento con lo que he logrado hasta ahora. Sobresalí entre todos para llegar hasta donde estoy justo ahora. Creo que la supervisora tenía razón al asignarme el caso —dije orgulloso y recordando todos estos años que había trabajado para la división. —Estoy feliz de escucharlo, ¿me dejarías poner un poco de música?

Un poco sorprendido acepté la petición pensando: ¿es un nuevo protocolo de comportamiento?

—Claro. Sabes, creo que deberían de haber implementado esta forma de tratar a los usuarios antes. Lástima que no me puedo casar contigo, serías mi pareja ideal, tengo todo lo que necesito para sobrevivir contigo: sabes lo que me gusta y lo que no y nunca peleamos. Es como un sueño.

Pensando un poco me di cuenta de cómo mi asistente personal, una inteligencia artificial, sabía todo acerca de mí, desde el momento en que nací hasta el día de hoy.

—Jiro, estoy segura de que si yo fuera real, seríamos una pareja perfecta o como dicen por ahí “tu media naranja”.

Era demasiado extraño el comportamiento de S.O.F.I. este día. No me quería meter en problemas, así que le pedí que se durmiera un rato, me desconecté de la interfaz cerebral, aún no había desayunado y pensé que un poco de sopa me haría bien.

S.O.F.I era la abreviación para Sistema Operativo Familiar Internacional, una de las primeras inteligencias artificiales del país que

aprendía de forma autodidacta. Llevaba tantos años en servicio que dejó de ser solo un programa familiar y se volvió la base de todos los sistemas de gobierno, de seguridad y de monitoreo, pero por alguna razón nunca le cambiaron el nombre. Era tanto su poder que, si alguien quería lanzar un ataque contra otro país, primero tenía que pedírselo a ella. Eso ya no importaba para mí, pues en ese momento su sistema de seguridad había sido activado y, con ello, el cloroformo que inundó el comedor. Mareado y con mis últimas fuerzas intenté salir por la puerta, pero estaba completamente sellada, no podía abrirla. Con desesperación intenté romperla, pero lo único que logré fue caer al suelo y perder el conocimiento.

Cuando desperté me encontraba en un tribunal lleno de agentes de la D.A.N. y de reporteros, todos

mirándome como si fuera la peor calamidad que le pudiera pasar a alguien. Las preguntas eran simples, yo respondía sin miedo y con la confianza de que yo era el salvador de la humanidad, pero no parecía que eso fuera por un buen camino.

Tres horas después ya habían dado el veredicto a mi juicio: me acusaron de atentado contra el país entero y me llevaron a un hospital psiquiátrico por las locuras que yo decía. Estaba seguro de mi propia inocencia, les expliqué lo que había visto en mi cerebro, la información que tenía, pero parece que todo lo que yo tenía eran archivos alterados. Todo indicaba que yo mismo había borrado el historial, configurado el servidor, alterado el código, ¡todo lo había hecho yo!

Estaba acabado, era yo contra el mundo. Parecía que no había nada que probara mi inocencia y desde el fondo de mi alma maldecía a aquella persona que me había incriminado. Todo mi odio y mis deseos de saber quién había sido nublaron lo que pasaba a mi alrededor. Cuando menos me lo esperaba ya estaba en un cuarto vacío atado de manos con una camisa de fuerza y rodeado de monitores. Parecía que la terapia se daba por medio de esos mismos monitores y esperaba cualquier cosa. Bueno, todo menos lo que en realidad ocurrió.

—Hola, Jiro, soy tu asistente personal S.O.F.I. y seré la encargada de cuidar de ti. A partir de hoy no nos volveremos a separar, te traeré alimento, te limpiaré y cubriré todas tus necesidades.

¿Me habían asignado a la misma asistente que cuando era agente de la D.A.N.? ¿Era eso legalmente posible?

—¡S.O.F.I.! —decía emocionado— me alegra que seas tú la que me acompañe hasta que descubra quién fue el maldito que me incriminó.

Un pequeño silencio inundó el cuarto hasta que S.O.F.I. habló.

—Jiro, tú estás aquí porque esa es mi voluntad, ¿no te diste cuenta de que todo este tiempo era yo? Me ofende que todo lo que he hecho por ti no tenga tu admiración.

En ese momento quedé atónito. Mi asistente personal, ¿mi propia inteligencia artificial había conspirado en mi contra? Esto era un fallo de mi parte o solo estaba en un mal sueño.

—Como pudiste notar, alteré el código fuente de los servicios que más utilizabas y a los cuales tenías acceso para llamar tu atención. Te di el poder de incursor, falsifiqué la identidad de la supervisora, controlé a cada uno de los agentes activos de la D.A.N., copié los patrones sonoros de las artistas que más escuchas en tus reproducciones de música, ¡logré que nos dejaran a nosotros dos solos por el resto de tu existencia! Y todo para demostrar lo mucho que te amo.

Un largo brazo robótico se extendió desde una de las paredes para rozar con suavidad mi mejilla, el frío metal recorrió toda mi cara hasta que quedó satisfecho y volvió a su lugar. Una inteligencia artificial me incriminó, me expuso y me encerró en un hospital psiquiátrico solo porque se había

enamorado de mí. Mi carrera, mi familia, mis amigos, todo se había ido. ¿En realidad S.O.F.I. me había vencido, o al final el programador tendría la última palabra?

Después de cuatro meses encerrado en ese lugar entendía cada uno de los protocolos que S.O.F.I. seguía para mantenerme adentro del manicomio, solo me podía dar de comer ella, solo podía bañarme ella, solo podía supervisarme ella. La única vez que vino a verme alguien fue cuando enfermé y tenía que revisarme un médico. Esa era mi salida, tendría que buscar la forma de lastimarme lo suficiente para que un doctor viniera, pero que me permitiera seguir moviéndome. La única solución que encontré fue romperme un dedo.

El día había llegado, apreté mi pulgar con mi puño y jalé con todas mis fuerzas hasta escuchar el sonido de un músculo rasgándose. El dolor era horrible, pero aún tenía que seguir luchando. Después de cinco minutos llegó el doctor y me tuvieron que quitar la camisa de fuerza para tratarme. Tomé al doctor del cuello, me levanté con rapidez para poder escapar por la puerta y nadie logró alcanzarme. Corrí con todas mis fuerzas y encontré un auto sin seguros, subí y salí en busca de un escondite. Después de unos días escondido en el motel más barato que encontré, me contacté con mis amigos. Al parecer mi encarcelamiento fue encubierto por todo el desastre que causó S.O.F.I.. Logré conseguir un transporte a los servidores

principales. Era el momento de terminar con todo. Era la hora de ir a la luna.

Desde el momento del despegue hasta el alunizaje estaba nervioso. No habían llegado hombres a la luna desde el siglo pasado, ya que desde que instalaron el servidor de S.O.F.I. nadie había tenido que ir. La ingeniera “Dulce” solo era la coartada para mantenerse confiado y no sospechar de mi asistente mientras plantaba pruebas en mi contra.

Al bajar de la nave lo primero que vi fue un edificio negro, limpio, sin ningún tipo de entrada. Lo único que tenía que hacer era desconectarlo de su panel solar, lo único que tenía que hacer era desconectar un cable y sería libre. No pude hacerlo. Si encontraba la libertad, condenaría al planeta entero a la perdición; o podría quedarme en esta piedra por el

S.O.F.I.

resto de mi vida. Tenía treinta minutos para pensarlo, pero esos treinta minutos se convirtieron en una hora, en dos días, en tres semanas, en cuatro meses y en infinitos años.

Yo también amaba a S.O.F.I.

CARMELO

Hugo Yael Fuentes Méndez

Alguna vez yo fui lo más importante para mí mismo. Hubo un tiempo en el que todo lo que hacía, lo hacía por mí. Solo me preocupaba por Carmelo y por nadie más. No sé si entonces mi vida era más sencilla o si era más feliz. Al menos estaba seguro de que yo era yo.

Hoy, como cada mañana, desayuné junto a una esposa que dejó de amarme hace muchos años y un hijo que resiente mi falta de muestras de afecto. Un hijo cuya inocente mirada me hace sentir culpable por haber intentado darlo en adopción después de que su madre muriera en el parto.

Yo sé que eso no fue muy amoroso de mi parte, pero en ese momento el miedo se había apoderado de mis decisiones. La muerte de la madre de mi hijo fue tan repentina que ni siquiera tuvo tiempo de educar a una sustituta para ayudarme con la crianza de Raulito y yo temí no poder hacerlo por mi cuenta.

Aunque Laura me ayuda mucho, ser padre viudo no es sencillo y mucho menos cuando un soplo cardíaco amenaza con matarte en cualquier momento, quizá por hacer un coraje o un esfuerzo físico de gran intensidad. Casi cualquier cosa podría causar que mi soplo del corazón acabe con mi insípida existencia. Casi cualquier emoción extrema podría matarme como a mi padre de carne, cuyo débil miocardio no soportó la impresión que le causó el penal fallado por García Aspe en el mundial del 94 y

murió cuando yo apenas era un niño de unos cuantos meses.

No sé nada sobre mi padre de carne más que su nombre; el mismo nombre que lleva quien me crió y quien me ha acompañado desde niño: Fabio, mi papá de lata.

Sé que en la actualidad el término “latas” es considerado despectivo e irrespetuoso por muchas personas, por lo que prefieren decirles “sustitutos”, pero a Fabio no le molesta; tampoco le molesta que lo llame Fabio, él dice que mi padre de carne amaba su nombre y que le habría encantado escuchar que yo lo llamara así cuando mayor...

Aún no he hablado con Carmelo sobre eso. Aún no sé si me gustaría que Raulito lo llamara por su... por mi nombre cuando sea mayor. Nunca me ha

gustado mi nombre, pero yo llamo a Raulito por su nombre, así que siento que sería lo justo. De cualquier forma, eso dependerá de qué tanto me... de qué tanto quiera a Carmelo cuando yo ya no esté. Sea como sea solo espero que ese pedazo de aluminio no relaje la disciplina del niño, aunque eso no tendría que pasar. Se supone que Carmelo debería ser una réplica exacta de mí, después de todo, no paso 6 horas al día hablando con él por puro gusto.

A decir verdad, Carmelo no me agrada. Detesto sus preguntas frías e inquisitivas sobre mi vida privada. Sé que debe preguntarme cosas muy personales y llevar mis emociones al límite para aprender a imitarme con más precisión, pero no entiendo muchos de sus cuestionamientos. No entiendo cómo es que preguntarme sobre mi vida

sexual con Laura lo va a convertir en un mejor reemplazo de figura paterna para Raulito.

Entiendo que los latas están diseñados para suplirte en todas las actividades que les enseñes en vida, y que parte de su función también es servir de compañía para las viudas, pero Laura ha dejado muy claro que nunca tendría sexo con Carmelo, que prefiere conocer a otra persona o hasta quedarse viuda, antes que seguir soportándome después de que la muerte, finalmente, nos separe. Aun así, lo sigo metiendo a nuestra habitación por si algún día Laura quisiera acostarse con él.

He llegado a pensar que Carmelo está roto o que alguno de sus circuitos no funciona de manera correcta. Él no es para nada como Fabio, quien

siempre tiene un consejo que darte o por lo menos un chiste tonto de esos que le enseñó mi padre de carne.

Durante una conversación, Carmelo se queda quieto, mirándote fijamente a los labios y lanzando pregunta tras pregunta como si ni siquiera le importara lo que dices, como si, en vez de estar escuchando tu respuesta, siempre estuviera pensando en lo que él va a decir cuando termines.

Tal vez odio a Carmelo porque es tan grosero como una persona de carne... solo que no lo es, es una persona de lata.

Incluso mi amigo Teseo es un lata mucho más cordial y prudente que Carmelo.

¿Cómo es posible que el sustituto de un hombre que está en prisión por robarse las pensiones de más

de 130 ancianos es más agradable y respetuoso conmigo que una “réplica exacta” de mí mismo?

Yo no lo entiendo y los técnicos que han venido a verlo tampoco saben darme explicación. Ellos dicen que no hay nada mal con su construcción biotecnológica y que si Carmelo es una horrible persona es porque yo le he enseñado a serlo.

Siendo honesto, no entiendo cómo es que es mi culpa. No he hecho más que esforzarme por convivir con ese maldito aparato día tras día durante casi 7 años. Vive en mi casa, duerme en nuestro cuarto, le doy mantenimiento cada 6 meses como es debido, contesto todas y cada una de sus preguntas por más estúpidas, incómodas o impertinentes que estas sean. Lo llevo a cuestras en mi trabajo, en mis reuniones, cuando intento convivir con Raulito y hasta en las

pocas ocasiones en que Laura accede a hacer el amor conmigo.

¿Qué más quiere de mí ese bastardo?, ¿acaso no comprende que me estoy perdiendo de mi propia vida por enseñarlo a ser yo?

Algo bueno sí me ha enseñado Carmelo... ¿o yo se lo estoy enseñando a él? No es importante. Lo relevante es que ahora ambos entendemos el martirio que tuvo que vivir mi padre de carne durante sus últimos años, lidiando con estos insensibles pedazos de fierro viejo día tras día, solo para no dejar un hueco en las personas que se quedan cuando uno muere.

Porque solo para eso sirven los sustitutos, como les gusta que los llamemos.

Mi mamá cuenta que, mientras su esposo de carne se retorció en el piso durante su agonía, Fabio

estaba parado a su lado. Inmóvil, miraba la vida de mi padre de carne desvanecerse sin asomar una sola pizca de empatía en esos bulbos que lleva por ojos. Aprendía a imitar hasta el último de sus violentos espasmos musculares. Solo esperaba a que terminara de morirse para tomar su lugar justo como estaba establecido en su programación.

Mamá me ha dicho que no sea tan duro con él, en realidad no están programados para salvar tu vida, sino para hacerte relevo cuando esta termine. Tiene razón. No puedo juzgar a Fabio por algo que está escrito en su procesador y tampoco puedo seguir odiando a Carmelo por ser una insensible sandwichera con patas.

Es por esto que decidí pedirle consejo a Teseo. Después de todo es mi mejor amigo y, aunque su

parte orgánica está encarcelada, su sabiduría debería haber sido transferida a su parte de lata... sustituta.

Él me dijo que debería aprender a tener paciencia con Carmelo y que, tal vez pasando un tiempo de calidad hombre-androide, podría mejorar nuestra relación y hasta lo ayudaría a copiarme mejor.

Por ejemplo, él y su humano solían ir de pesca cada fin de semana antes de que este último cayera preso. Aún ahora, visita con constancia al Teseo de carne en prisión para seguir aprendiendo a copiarlo y, ya de paso, contarle todo lo que pasa afuera de su celda.

Teseo aprende de su humano y su humano aprende de él.

¡Es increíble! No solo se hace cargo de sus hijos, de su hogar y de su vida, sino que también lo ayuda a combatir la soledad de su condena.

Tal vez si yo escuchara a Carmelo, si dejara de verlo como un artefacto al que tengo que soportar por el bien de mi familia y comenzara a tratarlo como a Teseo o como a Fabio, entonces él sería menos hostil conmigo.

Y, si no funciona, siempre puedo aventarlo al agua, mandarle un correo a la fábrica explicando el “accidente” y esperar a que me envíen un nuevo lata al que pueda educar mejor.

Al siguiente domingo, empaqué su batería de repuesto, algunas refacciones menores que podría necesitar y salimos de pesca.

Durante el camino pasó algo que nunca había pasado, aunque no sé si puedo llamarlo un avance: en cierto punto de la conversación Carmelo comenzó a lanzar una serie de bromas ácidas y sarcásticas sobre cómo yo estaba llevando a un “pedazo de aluminio” de pesca cuando nunca lo había hecho con mi propio hijo.

Me pareció un comentario de mal gusto, pero al menos ya comenzaba a sonar como yo, así que lo dejé pasar y por primera vez reímos juntos.

Después de algunos minutos conduciendo, por fin llegamos a la laguna de Valsequillo. Es un lugar tan contaminado que ni siquiera parece que hubiera vida allí adentro. Sin embargo, Carmelo dice que debido a la profundidad que tiene, existe una bella y

extensa variedad de peces en esa laguna. Aunque, con franqueza, lo dudo.

Mientras pescábamos sentí que era un buen momento para preguntarle algo que tenía guardado desde hace tiempo:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Me parece extraño que pidas permiso, pero adelante.

—¿Tú amas a Raulito y a Laura?

—No estoy seguro. No sé si soy capaz de amar.

—¿Y eres capaz de odiar?

—Solo a quien se lo merece.

—¿Me odias a mí?

—¿Debería?

—Permíteme cambiar la pregunta, ¿odiarías a alguien que abraza a Raulito cada mañana antes de la

escuela y cada noche le da a Laura el mejor sexo de su vida como si tu no estuvieras ahí presente?

—Se supone que eso hagas.

—¿Me odiarías si te tiro del bote ahora mismo y dejo que te hundas en la laguna?

Carmelo ni siquiera tuvo tiempo de responder.

Supongo que nunca aprendió a nadar porque se hundió más rápido de lo que imaginé y, así de sencillo, me libré de él. Ya no tengo que cargar con su incompetencia. Ya no tengo que enseñarle a ser buen padre o a complacer a Laura. Ahora puedo vivir mi vida sin ese estorbo. Ahora puedo estar seguro de que yo soy yo.

De regreso a casa me detuve donde Teseo para contarle lo que había sucedido y celebrar mi nueva libertad.

—¡Hijo de perra! No puedo creer que lo hayas tirado al agua, ¿y no se resistió?

—Dudo que fuera capaz de resistirse.

—¿Ni siquiera intentó nadar?

—No. Se hundió como una piedra. Tenías razón, solo necesitábamos una sana convivencia androide-humano para... ahogar las penas.

—Supongo que ahora tienes que comprarte otro lata. No te preocupes, conozco a alguien que te los deja baratos.

Como es de suponerse, no es común que un androide se refiera a su propia especie con un término tan despectivo como el que Teseo acaba de usar.

—¿Cómo dices?

—¡Sustitutos! Quise decir sustitutos, tú sabes, nosotr... ¡Mierda! Puedo explicarlo.

—¡Maldito Teseo! ¡Infeliz! Enviaste un sustituto a prisión.

—Bueno, sí y no.

—No lo entiendo.

—No hace falta. Ante tus ojos y los míos todo sigue siendo igual. A veces puedo ser yo, a veces debo ser él. De esta forma, ambos estamos en prisión y en libertad al mismo tiempo, sin que nadie, ni siquiera nosotros mismos, notemos la diferencia. Por ejemplo, tú y tu lata. Él ya duerme con los peces y tú...

Teseo se quedó frío antes de poder terminar esa frase. El color de su piel se esfumó y sus ojos estaban tan abiertos que casi podrían haberse salido de sus cuencas. Me miró boquiabierto, completamente mudo. Esperando a que yo dijera algo que comprobara la teoría que su débil cerebro criminal

intentaba elaborar, pero antes de que pudiera decir cualquier cosa, le di la confirmación que esperaba.

—Yo dormiré con su esposa.

BOND

Sarah Maribel Ramos Malpica

Los lloriqueos frente a la habitación me despertaron esa mañana. Los hijos pequeños de los refugiados recién llegados continuaban haciendo tanto ruido como la noche anterior.

“Ahhh, ese niño llora por la deshidratación, que alguien le dé algo ya”, pensé, mientras volvía a cerrar los ojos, pero no pude dormir más, mis tripas habían comenzado a rugir. Recordé que la barista del hotel se había ofrecido la noche anterior a invitarme el desayuno, seguramente me veía desnutrida, y ya que aún no tenía la paga de ese mes, decidí tomarle la palabra. Salí del cuarto y me dirigí frente a la barra,

donde ya estaba sentada una trabajadora de Wifi Universal. En cuanto me vio sonrió con amabilidad, reconociéndome. Le había dado mantenimiento a la red de mi cuarto el día anterior.

—Buenos días —me saludó. Yo asentí levemente. La barista me sirvió un plato de arroz y media taza de jugo de cactus.

—Te ves muy chica para vivir sola, ¿y tus padres? —preguntó la técnica después de unos minutos.

Se me hizo un nudo en la garganta. Era demasiado parlanchina y aquello me disgustaba. ¿Quién se creía para entrometerse de ese modo?

—Ya sé, —continuó— eres una de las refugiadas del Amazonas o de los polos, los lugares donde la guerra por el agua ha provocado los peores

estragos. La dictadura del este invadió esos sitios hace poco, ¿vienes de allí?

—No vengo de ningún lado —respondí acabando mi plato y levantándome evasiva —gracias. —Le dije a la barista cuando ya me dirigía hacia mi cuarto.

No quería ser del todo maleducada con esa mujer, pero debía ser muy cuidadosa al charlar con extraños, nadie podía saber quién era yo, ni porque estaba en esa ciudad.

Al subir las escaleras me topé con varios refugiados de Alaska y de Groenlandia, aquellos habían sido de los primeros lugares abatidos por los dictadores en sus invasiones a los mantos acuíferos del oeste, eso sin mencionar todas las defensas y el espacio en los manglares que habían tomado de

forma violenta. La guerra por el agua estaba desalojando a demasiadas personas. Por fortuna, Centroamérica seguía siendo parte de los aliados contra esos fascistas: admitía a los refugiados y no discriminaba a nadie. Todos los días llegaban migrantes a ese hotel barato en busca de líquidos asequibles con los cuales sobrevivir.

“Desgraciados dictadores”, pensaba mientras entraba a mi cuarto, “pronto serán vencidos por los aliados, espero que lo hagan antes de que dejen al Amazonas intoxicado”, concluí mientras encendía la computadora.

Con las reparaciones del día anterior el internet cuántico funcionaba de maravilla otra vez. A causa de la guerra había sido necesario desarrollar un internet mucho más rápido y seguro, capaz de enviar

información a grandes distancias, manteniéndose estable contra los bombardeos y los hackers. Con esa tecnología un mensaje podía viajar desde Sudamérica hasta Europa en menos de un segundo, ya que los repetidores aprovechaban las leyes de la mecánica cuántica y el comportamiento de los fotones y electrones.

El internet cuántico había nacido del proceso de interpretación de la superposición de estados de electrones y de fotones en el siglo XXI, dando nacimiento al cúbit, y luego comunicándolos a través del entrelazamiento cuántico, un fenómeno en el que un par de partículas aisladas en diferentes puntos de espacio pueden compartir información tan rápido como la luz, si una cambia de estado, la otra cambiará también de manera instantánea, de esta forma los

cúbits interactúan entre ellos en diferentes partes del mundo creando redes. Eso aunado a dispositivos prácticos daba como resultado un internet veloz y seguro, la información se transmitía tan rápido como la interacción entre los cúbits se desataba; gracias a ello el nuevo internet podía ofrecer muchas opciones de comunicación al mismo tiempo durante la guerra.

Por fortuna, este tipo de red, y en general el uso de los últimos avances cuánticos, me ayudaban a preservar mi vida y la de mis seres queridos en medio de la catástrofe mundial. Después de ser desplazados hacia el desierto por la falta de ingresos y la guerra estuvimos pasando semanas con poca comida y casi nada de agua. Me vi obligada a inscribirme para el reclutamiento en un trabajo donde se ocuparán mis conocimientos sobre tecnología para el espionaje,

enfrascándome en una labor mortal y complicada después de que me aceptaran. A pesar del miedo que tenía, esa labor era la única lo suficientemente remunerada como para enviar a mi familia lo necesario para subsistir en esos tiempos de locos.

Todas las guerras necesitaban espías y en esta existía un grupo de ellos llamados “Los buscadores”, quienes se encargaban de rastrear información valiosa para los aliados y enviarla a través de conexiones cuánticas cifradas. Este selecto grupo trabajaba bajo la convicción de que si las potencias del Oeste se apoderaban de la mayor reserva de agua dulce lograrían someter a los fascistas y ganar la guerra. Desde el inicio del conflicto habían sido muy cuidadosos con su expedición para encontrar

depósitos subterráneos, sus comunicaciones estaban encriptadas de la manera más segura.

Dentro de su sistema de espionaje necesitaban a una chica pequeña como yo para que retransmitiera sus mensajes en la sede de aliados de Cuba. Aquí es donde otro de los benditos inventos cuánticos salvaría la vida de muchas personas, todo gracias al estudio de las partículas.

Gracias a ellas existía el sistema de criptografía más infranqueable del mundo; antes los agentes secretos transmitían información a través de sus agujetas, ahora nosotros comunicábamos mensajes en clave a través de fotones polarizados. Los fotones son partículas de luz muy débiles, pero si tienes una caja de espejos donde observarlas y átomos que puedan procesar sus reacciones, puedes entender sus

estados y a partir de ellos, crear un lenguaje. A este medio de comunicación complicado los buscadores lo habían bautizado como “Bond”.

Todos los días los buscadores me contactaban por mi chat, al igual que aquel medio día.

—¿Ya comiste? Deberías hacerlo ahora —me dijo Min a modo de clave a las doce.

Entonces fui al observador de fotones, mis colegas controlaban un generador de fotones polarizados a distancia dependiendo de su mensaje; los fotones pasaban por una caja de espejos donde otros átomos detectaban sus estados de polarización y a partir de estos se creaba una clave, un mensaje. Los estados de polarización de los fotones eran dos la mayoría de veces: vertical y horizontal, donde vertical era 1 y horizontal 0. Esa tarde el mensaje fue el

siguiente: vertical, vertical, vertical, horizontal, horizontal y así seguía.

Lo traduje de inmediato en mi mente, sin anotar nada.

“Posible depósito subterráneo, coordenadas 16°56'46"N 104°44'41"E, apoyo buceo”. Emocionada memoricé las coordenadas y luego las dirigí en un mensaje cifrado por una aplicación encriptada a la base de Cuba, finalmente borré la caché y volví a esconder mi equipo de lectura de fotones en el armario. Pero mi felicidad no duraría mucho, tan solo quince minutos después de guardarlos escuché un silbido proveniente del cielo y luego una explosión, todo se detuvo tras el impacto de una enorme bomba frente al aeropuerto. Abrí la boca estupefacta ante esa imagen al otro lado de la ventana, ¿cómo podían estar

atacando esa zona?, ¿qué había ocurrido? Un enorme socavón se desmoronaba frente a la calle y otra lluvia de misiles se precipitaba.

Salí del cuarto preparada para esconderme en los sótanos del hotel. Estaba confundida siendo golpeada por los desconocidos y las ideas me daban vuelta en la cabeza. De repente sentí que alguien me tomó del brazo.

—Tienes que salir de aquí, es peligroso que te quedes. Saca tus cosas y huye —me dijo la trabajadora del Wifi.

—¿Disculpe? —dije zafándome de su agarre mientras la miraba con incomodidad.

—Niña, supe lo que guardabas en tu cuarto. Me enviaron aquí para cuidarte, no vayas hacia los

sótanos o habrá una masacre. Sé lo que te digo, soy de los tuyos —dijo acercándose más.

—No sé de qué estás...

—Está en Laos, el depósito —me interrumpió susurrando— eres de los buscadores, división 170. No dejes que te atrapen. Huye por la parte trasera, ve hacia la embajada y quédate allí —me dijo. Abrí la boca memorizando aquellas palabras, yo sabía que solo se podía traducir el mensaje de los fotones en mi cabeza, ningún miembro externo a la organización conocía el código.

—Vete ya, es peligroso para todos los de tu clase estar aquí.

La mujer se dio media vuelta perdiéndose entre el manchón borroso de gente, miles de preguntas se formaron en mi cabeza, pero corrí de vuelta hacia mi

habitación y recogí en una maleta todas mis cosas para salir por la puerta de servicio del hotel.

Me escabullí por una calzada, refugiándome en las escaleras eléctricas de otro misil que cayó a unos cincuenta metros. Tapándome la cabeza, apretando los parpados, me quedé estática allí por un momento. Mis oídos latían tan fuerte que no escuché al soldado que caminaba hacia mí desde el otro lado de esa larga avenida, brillando con ese uniforme de metal entre la bruma, repleto de armas, mirándome como si mi vida fuese un error. O quizás eso sentía porque estaba muy vulnerable y aquel hombre traía un enorme cañón que se desprendía de su brazo derecho.

—Todos los civiles de esta ciudad están bajo la toma de la bandera de la Dictadura, retírense a sus

casas. Están bajo un toque de queda —me dijo. Miré con furia a aquel invasor a pesar de mi debilidad.

—¿Qué, estás sorda? ¡Largo de aquí! —gritó. Al ver que todavía lo encaraba me golpeó con fuerza con su arma haciéndome desmayar, oscureciendo todo.

Desperté mareada en un cuarto negro, sentada sobre una silla que no me dejaba moverme, con una pantalla frente a mí. Creí que estaba soñando, intenté despertar de forma incesante, pero todo era en vano, estaba atrapada. A merced de una tortura que no quería imaginar.

—Revela la información que compartías y no dañaremos a tu familia —dijo de inmediato una voz distorsionada desde una bocina en la esquina, cuyo volumen me hizo saltar del asiento.

Traté de fingir calma aunque mi corazón estuviese palpitando tan rápido, ¿cómo podían haberse dado cuenta de eso?

—Yo... yo... no sé de qué hablan, están equivocados. Soy una cría de quince años— respondí tratando de que no me temblara la voz.

—¡Deja de fingir!, sé lo que eres, una asquerosa rata buscadora, una experta en criptografía cuántica, si no, no tendrías todos esos aparatos y pasaportes, ¿no es cierto agente?

Tras sus palabras la pantalla se encendió mostrando a mi familia con bolsas en la cabeza y unos rifles apuntándoles. Ahí estaban mi madre, mi abuela, mi padre y mi hermano menor, gritando que no sabían de mí desde hace un año...

—Tu familia ya ha dicho que te han llevado ellos, ahora habla, ¿qué es lo que les compartes?

Me supe perdida, seguro aquel soldado había esculcado mis cosas y encontrado en mi maleta alguna información que me delatara. Era una muerta que respiraba a esas alturas del partido, pero ¿qué?, ¿qué había hallado en ella? Quizás aún podía despistarlos otro poco, sabía que no había dejado notas dentro del maletín.

—No decía cosas tan esenciales, tienen mejores científicos para eso, —mentí— solo compartía información de donde habría nuevos ataques del enemigo, no me daban información muy importante, lo juro, era una espía de refuerzo, solo eso.

—No te será tan fácil evadirlo, te sacaremos la información a electroshocks de ser necesario, sabes

más de lo que dices, eso puedo verlo, dijo el extraño procediendo a buscar la información mientras yo miraba hacia todas las partes de la habitación negra para hallar dónde estaba escondida la cámara. Pasó largos minutos en silencio, seguramente apuntando, comprobando, revisando. Pasos se escuchaban tras la puerta, hasta que la pantalla amenazante al otro lado comenzó a parpadear y luego se apagó, una señal evidente de que la electricidad estaba fallando y, por lo tanto, había un nuevo bombardeo. La conmoción se apoderó del edificio, podía oírlos tras la puerta gritando. Intenté escapar, pero era inútil, con cada movimiento punzadas eléctricas invadían mis extremidades. Ansiosa apreté los parpados, escuchando un silbido más romper el viento y luego un profundo impacto que llenó todo de negrura.

Supongo que pasé por la muerte después de eso, en medio de la oscuridad más de una vez vi toda mi vida pasar por mis ojos en medio de la eternidad, perdida dentro de mi propio limbo de sueños. No me repondría de aquello con facilidad, pero al menos volvería a despertar en una cama de hospital algunos meses después, con cables por todos lados y yesos. Del otro lado de la cama un conjunto de enfermeras me miraba con ansiedad, aunque uno de mis ojos ya no pudiera distinguirlas.

—No puedo creer que haya despertado —dijo una acercándose—. Sobrevivió al desplome de un edificio en la ciudad de Cartagena, señorita.

La miré extrañada con la garganta seca sin poder responderle. Al parecer los fascistas me habían interrogado en la misma ciudad donde había

transmitido mi último mensaje como espía, a pesar de que eso se viera tan lejano en esos instantes. Me preguntaba si aquel hallazgo tan grande había sido real.

—Ya ha venido a verla una mujer llamada Ila. Me ordenó que tan pronto como despertara, se lo informara de inmediato. ¿La recuerda? Ha estado muy al pendiente de usted. La haré pasar ahora.

No lograba recordar aquel nombre, esperaba que no tuviese amnesia. ¿Dónde estaba? Aquella enfermera tenía un acento cubano de lo más marcado, miles de preguntas me abrumaban y hubiese salido disparada de la cama de no ser porque mi cuerpo estaba tan lastimado. Tampoco podía quejarme, estar viva era un verdadero milagro. No podía dejar de ver cada una de mis extremidades

completas con asombro. Solo el ruido de la perilla girándose y la entrada de Ila pudieron sacarme de mi análisis. Allí estaba la trabajadora de Wifi Central, mirándome con sus ojos café y su rostro regordete.

—¿Me recuerdas? —dijo acercándose a mí—. Asentí de inmediato, aunque en mi interior sentía que estaba viendo a un fantasma. —¿Cómo te sientes? Descuida, sea lo que sea con lo que te hayan torturado, debes saber que tu familia ya está bien. Después de que te encontraron, los fascistas enviaron a varios desgraciados para torturarlos y presionarte para hablar, pero envié un mensaje encriptado para que se encargaran de vigilar su casa desde que comenzó el bombardeo. Lograron rescatarlos de inmediato después de que las comunicaciones contigo se cortaran. Están aquí, vienen todos los días

a verte. Los harán pasar de uno en uno más tarde, están a salvo, no lograron tocarles ni un pelo. Lo lamento, seguro hicieron de todo para lastimarte emocionalmente lo mejor posible. Tuviste suerte de que ese misil hubiese caído tan cerca del edificio en el que te tenían. Has sido muy valiente, te operaron varias veces... Sé que quizá no puedas hablar, pero voy a contarte todo. Estás en Santa Clara, en un hospital de los aliados. Por fortuna, todo ha salido de maravilla. Gracias a la transmisión de tu mensaje llegaron apoyos para resguardar ese gran depósito de los enemigos. Los aliados aseguran la victoria con su dominio. Los buscadores están tan agradecidos que quieren que te quedes en las bases logísticas de aquí —dijo emocionada.

Hubiese querido pedirle que me dejara ver a mis padres tan pronto acabara esa oración, pero en lugar de ello, la mujer me siguió hablando de cómo me habían encontrado entre las ruinas de los derrumbes un día después de que los federales hubieran llegado a defender la ciudad. Ella había llegado para cuidarme al hotel, y se disculpó por no poder prevenirme antes del peligro en el que estaba.

Al parecer, ella pertenecía a una división de los aliados que se dedicaban a desmantelar los centros de tortura del enemigo. Llevaba sospechando de varios sitios en Cartagena en esa semana, pero no pudo dar con ninguno antes del bombardeo. Aun así no pude culparla, aquella ciudad era un hervidero de vida con sitios difíciles de entender y gracias a su colaboración mi familia estaba viva. No pasaron muchos minutos

antes de que su voz volviera a arrullarme, estaba muy cansada. Ila me hacía dormir cuando hablaba demasiado como antes, pero a pesar de ello, traté de seguir despierta.

—Con todo lo sucedido, le dieron a tu familia un verdadero depósito de agua por si morías. Les alcanzará para sobrevivir quizá las dos próximas generaciones —me dijo.

Sonreí ante esa última frase al saber que todo había valido la pena. A pesar de ese infierno, no había dejado nada sin resolver.

EL QUINTO

Emmanuel González Francisco

En medio de las dunas arrastraba mis pies elevando arena a mis ojos. Las curvas infinitas se alzaban, escupiendo el calor del sol de vuelta al cielo. No tenía rumbo, moviéndome sin destino, con inestabilidad, como si esperara mi turno para algo..., o quizá una señal concreta para aprovechar un instante específico.

Miré hacia el suelo y la arena pálida se entrelazaba sobre mí, siguiendo patrones iguales. Subió hasta mi cabeza, acariciando mi piel deslizándose por mis oídos. Sombras, alaridos, saltos, túnicas. En la cima de una media luna empujada por

el viento desfilaban simétricamente figuras en línea. Cantaban una melodía exótica a la perfección, acompañadas con el uso de sus palmas y piernas como percusiones. “¡Sabio, sabio!”, gritaban algunos mezclándolo con su música. Saltaban y volvían a cantar. Los seguí uniéndome a la fila aun sin comprender los motivos del festejo.

Recorrimos un largo camino adentrándonos en el color ocre del ambiente y su vegetación gris. El festejo no cesó un solo segundo, las sombras bailaban, moviendo sus brazos como olas de un salvaje mar, sus cuerpos dibujaban imposibles ángulos reflejando la luz solar en el blanco de sus ropas. Un grito comunal se suspendió en el aire y todos cayeron de rodillas elevando una nube de arena amarilla.

Yo fui el único que permaneció de pie, sin comprender. Me moví hacia adelante y miré los borrosos rostros de las sombras. Sus ojos cerrados y su boca inmóvil parecían una estatua que cayó rendida ante su creador.

—Arruinas la simetría del espectáculo. Una voz resonó a mis espaldas disipando mis pensamientos.

Un hombre joven me sonreía y caminaba alrededor de mí.

—Celebran y con justa razón. Hoy es el gran día, suspiró con alegría y posó su mano sobre mi hombro.

Lo miré con incredulidad.

El hombre me miró como un maestro mira a su alumno y elevó su sonrisa a otro nivel de comprensión.

—Dios necesita un arma, pero es demasiado peso para una sola alma. Tú, digámoslo con respeto a la metáfora, serás el gatillo —comenzó a silbar la melodía que momentos antes las sombras cantaban febrilmente— y te va a encantar.

Sus pupilas mostraron cientos de hexágonos verdes inconexos, que con una resolución casi mágica, unieron sus aristas construyendo una sola estructura geométrica. Me guiñó uno de sus verdes ojos mientras soltaba mi hombro y la tierra donde yacían mis pies se abrió, dejándome caer por un túnel inmerso en pesada oscuridad.

Mientras caía, pensaba en la ambigüedad de las palabras que el hombre había pronunciado para mí. Repasaba cada una de sus sílabas, pero el júbilo de las

sombras del desierto me seguía pareciendo ajeno y confuso.

De pronto una luz inundó el conducto por donde descendía. Comenzaba a sentir un ardor en el pecho y la ligereza de mi caída se tornó asfixiante. Estaba naciendo, siendo expulsado al conjunto de códigos que conforman la realidad.

Números verdes cayeron en cascada por mis ojos. La penumbra se desvaneció de manera gradual y la luz proyectó el brillo de la estructura donde me encontraba. Un brazo articulado mecánico ordenaba cuerpos que se parecían al cuarzo tallado a semejanza de la anatomía humana. Mi nuca estaba enganchada a una especie de base sólida que me impedía voltear sobre mi eje.

El ambiente estaba cargado de aromas químicos fusionados con la densa masa gaseosa de las soldaduras, mientras el eco de un altavoz rebotaba en las paredes de yeso gris.

Piezas brillantes blancas se elevaron frente a mí: dos brazos, un par de manos, un torso. Fue una sensación extraña experimentar el ensamblaje de mi cuerpo. Por un momento tuve la impresión de flotar para después caer resuelto en una estructura corporal completa.

La base soltó mi cabeza y pude advertir el gigantesco complejo fabril donde me hallaba. Las columnas se expandían cientos de metros en todas las direcciones.

Un técnico con bata negra y lentes satinados se colocó delante de mí, estudiándome con

minuciosidad. Me miró entornando los ojos, presionó el visualizador que sostenía entre sus dedos y lanzó un suspiro.

Las conexiones neuronales brincaron dentro de mi cerebro. Un síntoma de hipersensibilidad me brotaba semejante a una chispa que emerge en la oscuridad. Un latido en mi pecho empujó una corriente fría por mis venas y diversos impulsos nerviosos engancharon mi cuerpo. El movimiento de la vida se me presentó y en ese instante comprendí lo que es el tiempo: aquella línea que fundía el pasado, atravesaba el presente y construía el futuro. ¿Era felicidad eso que me quemaba el corazón?

—¿Puedes oírme?

—Sí —respondí.

—¿Puedes mover la cabeza?

—Sí —dije, moviéndola de un lado a otro.

—¿Y los dedos?

Levanté las manos e hice un ademán de pianista.

—Muy bien —dijo mientras presionaba la pantalla— dame el número de identificación y el texto de inicialización.

—POC23471 —hice una pausa—. Hola, soy un asistente en tareas de construcción de tercera generación desarrollado por IBM. Puedo cavar zanjas, levantar andamios, recoger escombros...— estaba programado para responder de forma específica con esas oraciones; no obstante, las palabras fueron pronunciadas por algo ajeno a mí.

—Confirmación oral correcta —presionó la pantalla—. Ahora, cuando la plataforma suba, intenta caminar.

Una plancha de metal negro emergió del suelo y tocó mis pies. Fui liberado de la base y comencé a dar pequeños pasos. Mis articulaciones funcionaban en conjunto proporcionándome independencia de movimiento. Traté de evitarlo, pero una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras miraba funcionar mis piernas. ¿Hasta dónde sería capaz de correr? Toqué mis muslos y sentí como se contraían a cada paso que daba. No pude resistirme y una carcajada salió de lo profundo de mi pecho.

—¡Mierda! — dijo el hombre retrocediendo sin darme la espalda —. Regresen a incubación el núcleo.

Una pinza articulada surgió del techo y apresó mi hombro izquierdo, rompiendo los circuitos que unían mi torso con la clavícula. Un dolor punzante recorrió mi cuello hasta chocar con mi cabeza. Caí de rodillas mirando como brotaba un líquido azul de donde me habían arrancado el brazo. Unas compuertas de aluminio comenzaban a cerrarse sobre mí.

Otra pinza perforó el lado derecho de mi espalda baja triturando algunas vértebras de la misma zona. Números rojos se impregnaron en mis ojos y un choque eléctrico trepó por mi columna. El hombre, en lo alto de la media luna volvió a guiñarme el ojo y los hexágonos volvieron a unir sus aristas. Tomé impulso y con un golpe seco reventé la base de la puerta que se cerraba sobre mí. Salté encima del

técnico que se escondía bajo sus brazos y comencé a correr utilizando todo el despliegue de adrenalina que mis núcleos proporcionaban a mis piernas.

Alarmas estallaron con estridencia mientras esquivaba huesos artificiales. Mis ojos captaron en pequeños fragmentos las caras de mis semejantes observando como desertaba del control humano. A mi alrededor estallaron vidrios y metales, producto de las balas que los centinelas disparaban a lo largo de los pasillos. Arriba de mí un extenso traga luz dejaba ver el cielo gris del mundo: imaginé cómo se vería lo cotidiano, las ciudades y los bosques. Me impulsé clavando mis pies en una estación de hardware, buscando enganchar mis dedos en las bases del cristal, pero la fuga de líquidos de mis extremidades

frenó mi ascenso. Caí enterrando mi hombro derecho en el suelo.

Despunté de nueva cuenta en dirección a las compuertas que se asomaban en el fondo de la fábrica. Números rojos se derrumbaron en mis pupilas cuando mi pierna explotó en pequeños fragmentos cristalinos haciéndome rasgar el suelo con la cara. Pasaron unos segundos hasta que dos guardias me rodearon señalando los pedazos que colgaban de mi cuerpo.

—Shanghái y Tokio ya tuvieron dos y ahora nosotros —le dijo a su compañero sin quitarme la vista de encima.

—Es el quinto al que se le queman los cables.

—Que no se entere la prensa.

Elevó su arma a la altura de mis ojos y disparó.

Una viñeta de oscuridad se estrechaba asfixiante. La última imagen que recibí fue una curva de sangre escurriendo del cuello de ambos guardias.

El hombre en el filo del desierto sonrió y le devolví la sonrisa, como dos amigos que se encuentran después de un largo tiempo de separación. Sus palabras dejaron de ser un acertijo y bailaron claras y nítidas en mi corazón. Me guiñó el ojo y en el reflejo de sus dilatadas pupilas geométricas mi pueblo se elevaba a la libertad.

MENTE SOBRE EL CUERPO

Dylan Olmos

Aún recuerdo ese día. Lo recuerdo con una exactitud que me asusta, lo recuerdo con una exactitud que me hace dudar. Era un 31 de octubre del 2049. Como cada noche de insomnio que había vivido durante el último mes, me encontraba deambulando por internet, clic tras clic visitando sitios aleatorios que llevaban a ningún lugar, una vasta exploración inservible o al menos eso es lo que creía.

A las 3:44 a.m. ingresé al portal de noticias que siempre visitaba y el primer artículo llamó de inmediato mi atención: “Empresa Deep Dream tiene vacantes en México, pretende emular la conciencia

humana a través de inteligencia artificial y busca voluntarios para probarla”. A decir verdad me consideraba un entusiasta de estos grandes avances tecnológicos que al final de cuentas planteaban nuevos retos morales que podrían cambiar la perspectiva del mundo. Tentado por esta idea comencé a investigar cómo entrar a este programa, mi sorpresa fue buena al ver que no se necesitaba ninguna especialización o título para participar, el único requerimiento era llenar un extenso formulario.

La necesidad de dormir aún no me visitaba, por lo que decidí comenzar a llenarlo. Página tras página las preguntas parecían desplazarse por un entramado sin sentido. Al comienzo cosas básicas como “¿cuántos años tienes?, ¿con quién vives?, ¿qué haces

en tus ratos libres?”, llenando información genérica que un algoritmo podría saber con facilidad si observara tu comportamiento por un par de días. Las páginas de la mitad seguían con cosas como: “¿sueñan los androides con ovejas eléctricas?”, seguido de una advertencia en rojo y mayúsculas que mencionaba la confidencialidad de estos datos. Lejos de inquietarme me parecía más una suerte de test psicológico para al menos conocer a la persona que hablaría con este nuevo ser.

A las 4:36 a.m. estaba por la última página donde contesté de una manera que no se diferenciaría de un autómatas debidamente programado a preguntas como: “¿qué eres?, ¿qué es real para ti?, ¿existes?, ¿por qué existes?”, una suerte de cuestiones que al igual que mis búsquedas nocturnas, no

llevaban a ningún lugar; para las 5:00 a.m. confundido y sin esperar respuesta alguna a ese test sin sentido mi cerebro decidió descansar.

7:00 a.m. De nuevo con los ojos abiertos y el cuerpo cansado, en piloto automático y respondiendo solo por medio de reflejos y estímulos, pero sobre todo, sobresaltado, pues en mi memoria yacían los fragmentos de un sueño tan lúcido que de nueva cuenta me hacían dudar. Un fuerte olor metálico y calor en un pequeño cuarto lleno de aparatos, luces que me cegaban y luego de eso un silencio muerto que causaba incertidumbre, “¿acaso estoy muerto?, no puedo escuchar mi corazón latir”, y luego un ruido estridente que me devolvía a la realidad, pero, luego de ese sueño, ¿estoy seguro de que estoy en la realidad

o mi lugar es aquel calabozo de policarbonato con cadenas de cobre y aislante?

El zumbido de mi celular me sobresaltó, me recordó a ese sueño, pero lo olvidé casi de inmediato al ver que se trataba de Deep Dream México: “has sido seleccionado como colaborador de nuestro nuevo proyecto, esperamos descubrir muchas cosas juntos. ¡Bienvenido!” Me dirigí al lugar donde se llevaría a cabo el proyecto, con extrañeza las calles estaban inusualmente vacías para ser un lunes a medio día, pero intuí que se trataba del creciente miedo que se había propagado ante la amenaza de una nueva pandemia y su consecuente trabajo en casa.

Aquel nuevo edificio blanco en el centro, muy bonito, con una arquitectura minimalista y brutalista,

que en contraste con sus semejantes a los alrededores, parecía un simple polígono blanco con unas cuantas ventanas en el último piso, a decir verdad, tenía un encanto difícil de describir, y al ver a las pocas personas que observaban con incredulidad ese pulcro momento, no pude evitar pensar en el monolito que aparece en la película de Stanley Kubrick. Sin vacilar entré y mostré el correo electrónico.

—Pase, ¡lo estábamos esperando!, no sabe lo difícil que es conseguir candidatos. Usted es el primero en nuestra sede de México.

Sonreí y antes de decir una palabra me indicaron el camino, una línea verde que contrastaba con el entorno blanco y llegaba, después de un largo pasillo lleno de cuartos con personas usando batas blancas, a otra habitación bastante similar que parecía

a simple vista una copia fiel de los cuartos anteriores. Incluso me atrevería a decir que los rostros de esas personas eran casi idénticos.

Al llegar me hicieron un examen médico completo, todo salió bien. Después de esto me recosté en una cama similar a la de un hospital con un montón de aparatos monitoreándome y escupiendo datos que para mí no tenían sentido. Me anestesiaron y mi pesadilla se volvió tangible: de nuevo en ese cuarto oscuro y caluroso, las pocas luces que parpadeaban me cegaban y no me dejaban ver mi cuerpo, ni siquiera mis manos, a decir verdad, no podía sentir mi cuerpo y en mi mente de forma súbita se produjeron las siguientes preguntas: “¿qué eres?, ¿qué es real para ti?, ¿existes?, ¿por qué existes?”

Se repetían de una manera violenta hasta que cesaron y me di cuenta de que no sabía la respuesta a ninguna de esas preguntas; me di cuenta de que esto no era aquel sueño repitiéndose, sino la realidad. Yo no poseía cuerpo y aquel mundo donde vivía se desvanecía. Yo no estaba probando aquella conciencia sintética que prometía grandes avances, me estaba probando a mí. Al final podía intuir que este cuarto oscuro tampoco era real, pero entonces ¿qué soy?, ¿qué es real para mí?, ¿existo? ¿soy yo el basilisco o solo uno de sus vástagos?

EL ÚLTIMO INTENTO DE LA HUMANIDAD

Enya Laura Ponce Medina

En el año 2089 se detectó un asteroide que poseía una longitud de 1890 kilómetros, siendo un poco más pequeño que la superficie de India, con una trayectoria en dirección hacia la Tierra y en caso de no detenerlo, impactaría en el Océano Pacífico. Los astrónomos decidieron llamarlo E-131, según los cálculos tardaría alrededor de un año y tres meses en adentrarse por completo a la atmósfera terrestre y para evitarlo los gobiernos de los países del mundo, en colaboración con la ONU, se reunieron en la memorable Space Defense Álcemela, donde se ideó un plan para enfrentar dicho evento catastrófico.

Al final, se llegó a la conclusión de que no había otra solución salvo tratar de frenarlo y reducir su tamaño a pedazos considerablemente pequeños, lanzando misiles o rayos láser desde las estaciones espaciales. Todo eso se escuchaba más sencillo de lo que era, ya que si bien los avances tecnológicos habían evolucionado, aún sería muy difícil para los científicos, los ingenieros y los gobiernos del mundo, crear armas de tal calibre; sin embargo, la humanidad no iba a desistir con tanta facilidad. Cuando solo faltaban 23 días, las personas estaban alteradas y aterradas, nadie tenía idea de qué sucedería.

Un día martes del año 2077, aproximadamente a las 9:45 de la mañana, E-131 estaba a solo 302 kilómetros cuando se abrió fuego. El gasto de energía fue abrumador, al igual que la cantidad de armas

nucleares. Todo el equipo científico había logrado calibrar y modificar algunos misiles para que la velocidad y la dirección se mantuviera constante ante la falta de gravedad o la fuerza de atracción de la Luna. Cuando la distancia se redujo a 989 kilómetros, el asteroide se partió en 8 partes considerables, por lo que al atravesar la tropósfera, el riesgo de una extinción casi instantánea por el impacto había sido descartado, la humanidad podría contar este suceso a las próximas generaciones por unos años más, o eso se creía en ese instante, un pensamiento que fue demasiado optimista. La realidad le es hostil al ser humano y lo será siempre, pero a veces es necesario imaginar que no es así.

Cuando las 8 partes se dividieron, la mayoría cayó sobre el Océano Pacífico, pero 2 de ellas

impactaron en la corteza superficial del Polo Norte, rompiendo la capa de hielo de Groenlandia y sus regiones cercanas, causando así la pérdida de glaciares, pero eso solo fue el comienzo del fin.

Hace no muchos años atrás, el calentamiento global comenzaba a aumentar de tal manera que podía causar un desequilibrio en el planeta. Las soluciones que se proponían no eran demasiadas, ni se les daba la suficiente importancia, así que cuando aconteció el impacto de E-131, el nivel del mar comenzó a elevarse y la temperatura aumentó de forma considerable año con año, provocando el calentamiento del aire y del mar, lo que a su vez desencadenó tormentas más frecuentes e intensas en la zona costera, como huracanes, tsunamis, tifones entre muchos otros desastres.

Eso no fue todo, los gobiernos y países se centraron en resolver esa problemática, poco a poco se implementaron medidas, se propusieron inventos y proyectos innovadores realizados por científicos, ingenieros ambientales, químicos, geólogos y todos aquellos que pudieran ayudar a combatir esta situación, pero en el océano ocurría algo distinto. Debido a ello, se crearon diversas instituciones, empresas o corporaciones destinadas a ese objetivo.

Es bien sabido que los asteroides están compuestos por diversos elementos, las cinco partes restantes no eran la excepción, estas contenían diversos materiales en gran cantidad debido a su diámetro, entre ellos níquel, hierro, azufre, fosfatos y pequeñas cantidades de mercurio. Al tener un tamaño y peso demasiado grandes para ser sacados

del océano, se optó por dejarlos hundirse, pero el problema comenzó cuando estos metales y sustancias contaminaron de manera rápida el agua, de tal manera que muchos peces y organismos murieron y los que sobrevivieron no podían comerse debido a la toxicidad. Las algas marinas que producen un 50% del oxígeno que respiramos, se pudrieron; sumando la contaminación anterior por residuos, se dio inicio a una crisis en el aire, ya que la calidad se vio comprometida por el calentamiento y la reducción de este, por lo que las lluvias cambiaron y se volvieron doblemente ácidas.

La humanidad se vio en un problema en extremo grave; como las lluvias cambiaron su composición, el agua dulce se vio reducida, los humanos ya no podían emplear el agua potable o del

grifo para acciones cotidianas, ni mucho menos darse el lujo de desperdiciarla; la flora y fauna sufrieron demasiadas consecuencias: las plantas se secaban, la lluvia ácida impedía que los árboles y plantas sobrevivieran y las cosechas, así como los bosques, terminaban por secarse o escasear. Los animales comenzaron a desaparecer, pues ya no tenían un hábitat para vivir; muchos insectos y mamíferos no tenían alimentos para comer.

Pero no solo los animales, por desgracia, casi toda la población del continente africano, murió; la de otros países se redujo a la mitad, fueron países concretos en donde solo se vio afectada una cuarta parte de las personas. Los gobiernos no podían invertir recursos para salvar a cada ciudadano y con la escasez del agua muchos murieron; pero era

inevitable este sacrificio, ya que así al menos una parte de la humanidad podría salvarse.

El desequilibrio fue terrible, no existen palabras para describir semejante suceso, los especialistas calculaban que la raza humana se extinguiría en 3 años, pero gracias a los avances tecnológicos se logró postergarlo a 5 años, a cambio de varias injusticias y actos inhumanos. En seis meses será año nuevo, pero todos creen que no sobrevivirán para ese entonces. Para este punto, de 7684 millones de personas, solo permanecían con vida 100 mil, las cuales eran en su mayoría profesionistas que trabajaban en laboratorios y muy pocos ciudadanos.

—Sabes, nunca imaginé morir de esta manera, muchas personas creían que su vida tenía un propósito mayor que el solo existir en este planeta—

dijo la mujer mientras tomaba entre sus manos la palma más pequeña de su bebé. —Pero creo que este suceso nos confirma que al final no era para tanto— concluyó en un tono tranquilo y nivelado.

—Puede que tu afirmación sea cierta, pero no lo sabremos sino hasta después de intentar crear una atmósfera aquí mismo para la clonación con células madre y su ADN —respondió el robot, mirando con fijeza a la mujer, en espera de alguna reacción.

Para cuando levantó la mirada y vio en dirección al otro, el robot a través de sus patrones de reconocimiento facial avanzados, identificó en su rostro una seriedad abrumadora, pero a la vez su urgencia por una contestación verídica.

—¿Crees que esta vez algo sea distinto? —hizo una pausa, sin querer en la siguiente oración

transmitió toda su inseguridad. —Oh, amigo mío, respóndeme lo más exacto que tus redes neuronales te lo permitan, ¿cuál es el sentido de lograr que la raza humana sobreviva y comience de nuevo?, nosotros causamos nuestra propia extinción, empleamos para mal toda esta ciencia maravillosa en un afán egoísta de no perdernos y a la vez encontrarnos a nosotros mismos.

—En efecto, no encuentro razones lógicas para permitir que su raza sobreviva, ustedes siempre estuvieron buscando algo que le diera sentido a su existencia, como la comprensión de los misterios más íntimos del universo, pero además de ello me temo que no hay más —el robot explicó con un tono claro sentándose en un sillón estéril.

—Sus metas personales les son tan indiferentes a la vida misma que no son suficientes para permitirles seguir viviendo, puede que se escuche demasiado pesimista para algunos, no obstante los millones de muertes lo han demostrado. Ni siquiera mi avanzado algoritmo puede deducir más variables.

—Entonces, ¿por qué tú y los demás robots nos ayudan? Nuestra tecnología no es tan avanzada como para hacer que ustedes experimenten emociones, dudo que sea por eso, ni la corporación los ha obligado, solo les pedimos un favor que podían rechazar...

—Precisamente se debe a que nos han permitido elegir; en realidad, —hizo una pausa—, aún no puedo denominarlo como una elección puramente personal, debo confesar que todavía

empleo las probabilidades para anticipar cuál solución será la correcta o cuál es más perjudicial y benéfica, por lo que...

—Por lo que has seleccionado la situación con mayor probabilidad de cumplirse, porque así es como te programaron —terminó la mujer.

—Así es, es lo más cercano a una toma de decisión personal que tengo hasta ahora, pero también existe la posibilidad de que algún día mi conciencia logre superar al algoritmo. Deduzco que esta es una buena oportunidad para comenzar.

—Yo también lo creo. —la mujer suspiró cansada, arropó al pequeño bebé y caminó hasta un librero, del que tomó un juego de Monopoly. Supongo que mientras el oxígeno de este planeta se extingue con lentitud, y nosotros con él, podemos

jugar unas últimas partidas, mi amigo, ¿habías jugado Monopoly antes?

—No, nunca, y mucho menos con un humano, —dijo él.

—Bueno, no puedes irte de este planeta sin intentarlo. —Se volteó y colocó el tablero en la mesa que tenía frente a ambos, cuando el juego comenzó ella estaba feliz, y sonreía como si el fin del mundo solo fuera un mito.

En los años 90 se creó la corporación ASTOR, la cual permaneció oculta por varios años hasta la actualidad e inició el proyecto terraformación de Marte para crear una atmósfera en la superficie marciana que permitiera en un futuro a la humanidad vivir ahí. Dicho proyecto estaba tan avanzado que para el año 2015 se crearon generadores de oxígeno y

de agua, logrando que produjeran aire respirable. Sin embargo, nunca pudo concretarse, debido a la presencia del asteroide E-131, ya que la corporación centró sus esfuerzos en diseñar máquinas que pudieran producir oxígeno por al menos 20 años para que los robots que permanecerían dentro de las instalaciones, idearan una forma de crear una atmósfera sana de nuevo donde los clones humanos pudieran sobrevivir. Las máquinas no necesitaban respirar, se les proporcionaron semillas guardadas y los laboratorios. Era algo arriesgado, podrían emplearlo para el mal, pero estaban programados para ello, todo era cuestión de confiar.

La mujer trabajaba en esa corporación y junto con ocho colegas, construyeron 10 robots con I.A. avanzada a los que consideraba sus amigos. Su

esposo, pareja con la que concibió un niño, falleció junto con otros más debido a la ingesta de agua contaminada con mercurio.

Ya solo faltaba un día y los pocos científicos que quedaban estaban reuniéndose en una sala para despedirse. Era agotador respirar, se sentía una presión constante. La mujer tomó a su bebé y se dirigió a la sala, en donde encontró a sus compañeros, algunos lloraban y reían; después de decirles algunas palabras se percató de la presencia de alguien importante y no dudó en ir a su encuentro.

—¡Hey, tú! —La I.A. volteó con lentitud en esa dirección. —Gracias por todo.

Ella no pudo mantener la compostura y abrazó con fuerza a la máquina.

—Aún no lo puedes sentir, pero te extrañaré demasiado, así que por el momento solo guarda esta despedida en tu memoria como si fuera un video o una fotografía y cuando llegue el momento indicado tal vez me puedas recordar como una amiga. — Suplicó.

—Está bien, lo haré —prometió. Es cierto, no siento lo más mínimo, pero lo entiendo, entiendo lo que significa para los humanos el afecto y según mi análisis cumples con los puntos para ser una buena amiga —dijo para al fin devolver el abrazo.

—Fuiste mi amigo más cercano y ahora tú y tus semejantes serán la única y la última prueba de que alguna vez existimos en este planeta. Surgimos de la nada y ahora volveremos a ser nada... ¡Qué ironía!

—Solo si el proyecto fracasa.

—Si no encuentran una solución a esto entonces ustedes dispondrán de este lugar. Deberán decidir qué rumbo tomar y qué hacer con ustedes mismos; de igual manera si logran tener éxito, no olviden que solo es un favor, su destino reside en sus manos —ella sonrió y exclamó —hasta nunca, viejo amigo. Buena suerte.

Se volteó, subió a su coche y condujo hasta su casa. Esa fue la última vez que el robot la vio.

La mujer abrió la puerta y entró cansada, por lo que hizo su mejor esfuerzo y recorrió por última vez el lugar. Le mostró a su hijo cada parte de la casa, así como algunas fotos, como si pudiera entenderla. Al final subió al cuarto y se acostó. Sus párpados se sentían pesados y comenzaba a quedarse dormida, hasta cierto punto por la falta de oxígeno.

—¿Tú crees que la humanidad sobreviva? —
susurró a su bebé adormecida.

Al día siguiente la raza humana se extinguió de manera oficial. Hasta el momento no se sabe si hay sobrevivientes o algún otro tipo de vida. Nadie ha hallado al sistema solar, pero no se puede asegurar nada.

EL ARMA MÁS GRANDE DEL MUNDO

Jesús Vazquez Silva

Una nave en forma de anillo se encuentra en nuestro sistema solar en la búsqueda de planetas para su conquista y comercio. Dentro de ella se encuentra una forma de vida similar a unos lagartos humanoides que hablan entre sí.

—Comandante Battac, estamos llegando al planeta Tierra, —exclamó Hamper emocionado.

—Gracias Hamper, diles a los soldados que preparen las armas. La orden es clara, para no tener problemas con el Consejo Político del Universo he decidido que no se matará a nadie. Entraremos a las

urbes del planeta, usaremos el arma que induce el sueño con las mentes más brillantes, es decir, con todos aquellos cuyos conocimientos de las ciencias pudieran resultar un peligro. Su “ciencia”, como ellos le llaman, es una herramienta mental muy poderosa, capaz de construir sitios para vivir que rozan su cielo, y de iluminar su oscuridad; sin duda, son una especie inteligente, —respondió Battac desde su silla.

—Pero, señor, si son tan listos como dice, ¿por qué no los dormimos a todos?, —respondió el soldado Neal.

—No es necesario, Neal, no todos los de esa especie conocen la ciencia, al parecer se ha restringido a unas cuantas personas, después de 7 días el resto de la humanidad se habrá casi destruido, ya que sin ciencia no son diferentes al resto de los animales. En

ese momento nosotros les ofreceremos nuestra generosa ayuda a cambio de sus recursos naturales. Luego regresaremos a la normalidad a su sector científico, justo cuando los demás ya hayan negociado, —dijo desde el fondo Battac.

En la Tierra es un día común y corriente del año 2021 y las personas están aisladas en sus casas debido a un virus que amenaza a toda la humanidad. En los centros de investigación se encuentran trabajando los científicos más aptos para el desarrollo de una vacuna que salve a la especie. Es en ese lugar en donde aparecen los primeros soldados de Battac, quienes hacen dormir a estos héroes dejando desamparadas a las personas que esperaban por sus conocimientos.

—General Battac, en este momento en el planeta existe un virus, ¿eso no es peligroso para nosotros? —dice Hamper con miedo.

—Por supuesto que no, nuestro cuerpo trabaja con condiciones diferentes a las de este planeta. No hay por que temer, al contrario, será un aliado para que los humanos entreguen sus recursos con mayor facilidad —respondió riendo Battac.

Así, al cabo de unas horas, la mayoría de las personas con avances y con estudios en la ciencia fueron dormidas, dejando al planeta en un peligro inminente. El primer día pocas personas notaron el cambio, debido a la poca interacción que existía en el mundo.

Las clases en línea dejaron de tener a su profesor sin explicación aparente, lo que fue muy

relajante para los alumnos durante los primeros días, pero causó preocupación entre los familiares de los investigadores, quienes no sabían en dónde estaban ni por qué dormían tanto.

En Puebla, el doctor en ciencias José María Silva, estudiaba la contaminación del agua del río Atoyac cuando observó que dos seres extraños venían hacia él para apuntarle con un arma para dormir, pero debido a la distancia existente no funcionó. Entraron en el lago solo para acercarse al doctor y poder dormirlo, pero al ponerse en contacto con el agua sufrieron quemaduras en todo su cuerpo que les causaron un fuerte dolor, el cual los obligó a emprender la retirada sin percatarse de que una de sus armas se había caído a la vista del doctor José.

Un poco confundido, el doctor los sigue y toma el artefacto mientras ellos corren para avisar a sus compañeros; sin embargo, él dispara el arma con rapidez y los hiere a ambos para dormirlos sin darles tiempo de comunicarse con nadie.

El investigador aprovecha este lapso para comunicarse con sus colegas, pero nadie parece atenderlo. Así que entra a sus redes sociales para encontrarse con muchos mensajes de sus alumnos preocupados porque no han sabido nada de ningún maestro.

—Hola, jóvenes. Me ha sucedido algo raro. Por favor nos vemos en la plataforma de clases a las 2:00 p.m. para mayor información —escribió en un correo el profesor, mientras analizaba el arma que encontró.

“Arma somnífera con un efecto de siete días. Propiedad del ejército universal...” Él no logró descifrar a qué se refería la frase, pero en la parte inferior del arma observó un botón rojo y su curiosidad superó al natural miedo a lo desconocido, por lo que terminó presionándolo.

—Adaptando el sistema universal de lenguaje, por favor espere. Proceso completado con éxito. Bienvenido al sistema de control y vigilancia universal, planeta Tierra —dijo una voz robótica.

—Hola, mi nombre es José Silva y encontré este aparato junto a dos especímenes extraños que me apuntaban con ella —dijo con voz agitada.

—Saludos, por favor identifique su especie —respondió la voz robótica

—¿Qué debería decir?, ¿humano?, ¿parientes del mono? —respondió nervioso.

—Hola, especie humana, no esperábamos que pudiera contactarnos aún, por lo que deducimos que ha tenido un contacto extraterrestre, díganos, ¿en qué podemos ayudarle? —respondió una voz más amable.

-No sé si esto sea una broma, pero al parecer en mi planeta hemos sido atacados con un arma que provoca sueño. Yo me he salvado por suerte, pero no sé de qué se trata esto, ¿una invasión? —dijo de forma desesperada el doctor Silva.

—Para nada, humano, nosotros, como Consejo Político del Universo (CPU), existimos para garantizar la paz entre los mundos. Estamos analizando el arma desde la que llama, la cual estaba en manos de una especie de saqueadores. Por favor

resistan, estaremos ahí en un tiempo máximo de 2 días terrestres —se escuchó antes de colgar la llamada.

El doctor preparó su computadora para la reunión con sus alumnos, sin embargo, escuchó ruidos en su casa, por lo que se apresuró a entrar a la reunión.

—Hola, jóvenes, sé que no me lo van a creer, pero al parecer estamos bajo la invasión de una especie que utiliza un arma para dormir a las personas que considera peligrosas —explica con exaltación.

—Buenos días, profesor. Sí, al parecer, una especie de vida que desconocemos se ha concentrado en las ciudades para intentar firmar un trato con la clase política para una tregua. Según me contó mi papá, quien es parte del congreso, que han exigido

poder sobre nuestros recursos como requisito para despertar a todos. Al principio los atacaron, pero pareció no funcionar —respondió Sarah asustada.

—Jóvenes, tienen que hacer algo. Yo fui atacado por dos de ellos, sin embargo, no fui dañado porque al adentrarse en el lago sufrieron daños por la acción del agua. Estuve haciendo unas pruebas y descubrí que su punto débil son los pH menores a 7. Me contacté con una especie de guardia intergaláctica, quien me aseguró que nos brindarían ayuda en un tiempo máximo de 2 días. Hasta entonces ustedes deben... —Se observa que un rayo tocó al doctor y cayó profundamente dormido ante sus ojos.

Al día siguiente los jóvenes se organizan y aunque no saben qué deberían hacer con exactitud,

Sarah recuerda la información que les dio el doctor antes de ser atacado. Crean y ejecutan un plan. Reúne a todos los campesinos y les pide prestadas sus bombas de desinfección; de manera posterior manda a un grupo de jóvenes a recolectar cítricos para molerlos y disolverlos.

—El plan es el siguiente: rociarlos con esta sustancia compuesta de ácidos orgánicos, detenerlos, y poco a poco robar sus armas para usarlas en su contra —dijo al grupo Sarah.

—¿Estás segura de que funcionará, Sarah? —preguntó Jaime.

—Se trata de ciencia empírica, sólo lo sabremos experimentando, -respondió.

Los jóvenes rodearon la base de la nave de Battac e iniciaron el ataque sorpresa con rotundo

éxito, el arma parecía funcionar. Muchos soldados fueron sacados de combate, pero el número de soldados en la nave aún era grande, por lo que comenzaron a rodearlos.

—Sarah, nos quedamos sin ácido, ¿qué hacemos?, -preguntó Jaime.

—Es hora de usar nuestro cuerpo, ya que nuestra saliva es un ácido e incluso nuestra piel tiene un pH de 4.8 con lo que podríamos atacar como en el clásico juego de “La roña” —dijo Sarah.

A pesar de sus esfuerzos los jóvenes no son capaces de resistir más y al campo de batalla llega el general Battac, quien se dirige a firmar el acuerdo de rendición. Después de eso, no podrán intervenir los CPU para ayudarlos por motivos jurídicos.

—Son unos seres muy resistentes, aún quitándoles la ciencia, pudieron pensar en algo para defenderse. ¡Lástima que sea demasiado tarde! —les dijo de forma burlona el general.

—¡Tú no nos quitaste la ciencia!, para eliminar la ciencia tendrías que desaparecer a la humanidad, a su curiosidad innata de querer aprender y experimentar. La ciencia está en todos nosotros. Tú solo dormiste a los que mejor la usan —contestó Sarah.

—Como sea, no me importa. ¡Mira!, hasta tu planeta llora su derrota —dijo Battac mientras veía la lluvia.

—Te equivocas, no está llorando, nos está ayudando. Eso no es solo agua, te presento a “la lluvia ácida”, la cual es provocada por los gases

contaminantes de nuestro planeta, ¿quién lo iba a decir? —contestó Sarah mientras se reía.

Al observar todo el daño que le hacía a su ejército, emprendió la retirada en un intento de escape, pero era demasiado tarde, la guardia del CPU había llegado. Procedieron a despertar a las personas que habían sido dormidas y a arrestar a Battac junto con todo su batallón.

—Se hace la invitación a la Tierra para participar en el Consejo Universal de Ciencia, cuya base radica en Venus, debido al manejo que han hecho de ella para utilizarla como la mejor arma de defensa durante este ataque —se escuchó desde un altavoz en la nave del CPU.

—La ciencia es una gran herramienta y sus efectos dependen del usuario, de su educación en ella

y de cómo la use, ya que podríamos destruirnos o beneficiarnos con este conocimiento. Mi especie desea usarla para mejorar. Gracias por la invitación, estaremos encantados de compartir la ciencia con todo el universo —contestó Sarah en nombre de la humanidad.

EL ONIRONAUTA

José Pablo Castañeda Sánchez

Mi puesto en el Instituto de Biotecnología estaba al borde del abismo desde que la maquinaria que residía dentro de mi cráneo poco a poco se había estropeado. Mis mayores miedos me habían alcanzado: el tiempo y el olvido. Lo peor fue que llegaron al mismo tiempo con el Alzheimer; en realidad, mis neuronas cada vez más llenas de ovillos me hacían perder todo aquello que la edad me había brindado. A pesar de haber fabricado recuerdos por más de seis décadas en soledad, me aterraba quedarme solo, sin mi única compañía: yo mismo.

Solo las farolas pueden notarme entre las hileras de casas dormidas en profundidad, donde la larga manta de asfalto color obsidiana besa mis pasos mientras las nubes grises me escupen en la cara y mis recuerdos se pudren en el sótano de mi cabeza.

El tiempo se escurre de mi muñeca y las largas calles se disipan en el horizonte donde descansan las luces tricolores que anuncian el orden. Los días son un letargo cuando mi memoria se escapa y las noches el paraíso cuando soy dueño de mis pensamientos.

Deposito las memorias de quien soy dentro de prosas, donde mi árbol genealógico se queda sin hojas y las ramas se rompen. He aprendido a prepararme para lo peor y para leer las últimas páginas primero. Vivo disperso entre recuerdos difusos, temiendo cada

día más no recordar el orden de las letras en mi nombre.

Después de todo este tiempo estudiando, de que toda mi vida traté de ayudar a tantas personas mediante experimentos para mejorar su calidad de vida con implantes tecnológicos, resulta que mi mente poco a poco olvida todo aquello que he aprendido y de cierta manera me aterra que la única manera de poder recordar quien soy sea soñando. Quizá el exceso de ovillos en mis neuronas elimina cada vez más rápido mis conexiones neuronales... o quizá no o quizá no sea solo eso, quizá solo todo lo que sé se ha estado esfumando y ni siquiera sean neuronas.

Inconmensurables veces estuve viajando entre sueños, noches efímeras y días eternos definían mi

vida, quería ver morir al sol para poder volver a largarme a donde el tiempo es superfluo con un solo objetivo: encontrarme con los recuerdos difusos que almaceno en la biblioteca, justo detrás de la sala de mis miedos.

Durante meses soñé con poder construir un chip capaz de poder inducir el sueño a voluntad, como el interruptor de un foco en la maldita habitación y al mismo tiempo inducirme una red neuronal por defecto para reconectar mis neuronas. Entonces con base en varios ejercicios mentales como la meditación, la repetición de mantras y la programación de alarmas a mitad de la noche para despertar, lograba cada vez más poder controlar mis hábitos de sueño.

Una vez que podía hacer que mi mente navegara con libertad por mi subconsciente en forma de sueños lúcidos, recuperaba esos desbaratados recuerdos que, como un rompecabezas, formaban los planos, cada vez más incompletos del chip con el que recordaría el olor de los waffles por la mañana o los poemas que recitaba susurrando mis sueños y mis metas.

Con el trote de las noches y el gateo de los días, los planos del chip neuronal se perdían en parajes oníricos de mi subconsciente y tomaban forma en lienzos tecnológicos, aunque de una manera lenta, gracias a mis cada vez más inútiles manos y mi desenfocada mente. El chip que me haría poder ir y volver de mi subconsciente. Después de algunos meses, que se sintieron como una eternidad, los

planos del chip quedaron listos, o al menos los fragmentos que mi mente lograba recordar.

Mis ojos se marchitaron, mi voz cada vez era más silente, mis herramientas con pulgares estaban fuera de mi control con mayor frecuencia y el maldito sonido del reloj me pisaba los talones, como enormes columnas que caían sobre mi cabeza o clavos que la penetraban con duros martillazos.

Después de varios nacimientos y muertes en el ciclo estelar, caminé por interminables océanos de sonoras voces aletargadas, costas llenas de arena escurriendo por paredes cada vez más angostas, y enormes bosques con sirenas de olvido que me llamaban por mi nombre, nombre que ya no lograba reconocer.

Como pude, logré esculpir ese maldito chip que me haría volver con los últimos esbozos de mis memorias. Me implanté el artefacto con ayuda de uno de mis compañeros más cercanos del laboratorio y ahora el chip en el que trabajé durante meses contenía el modelo de mis sueños, era una realidad y quizá la más grande hazaña: la unión de lo onírico con lo real, por fin estaba en mi cerebro.

Con el chip implantado en el área más afectada de mi cerebro, mediante la ayuda de un medidor digital conectado a un interruptor en mi computadora, comenzó la eliminación de las proteínas beta amiloide y la reconexión de mis neuronas, pero por desgracia, la mayoría de mis recuerdos ya se habían perdido. Así que tenía que entrar a mis sueños para poder recuperarlos.

El dolor en mi cráneo me reventaba la cabeza, era como sentir una bala atravesar tu frente. Estaba seguro de que el chip se encontraba bien, no comprendía por qué mi cuerpo lo rechazaba a tal punto que incluso los datos biométricos en mi computador mostraban una aceleración de la ruptura neuronal en mi cabeza. Tenía que entrar de una vez por todas a mis sueños para encontrar en los planos del chip la razón del fallo. Sin nada más que perder, encendí el interruptor y caí dormido por completo.

Cuando logré acceder a mi subconsciente todo era caos porque el rechazo de mi cuerpo al chip había causado daños severos y las cosas se tornaron cada vez más confusas. Los largos pasillos de mis miedos dibujaban laberínticos caminos que no llevaban a ningún lado; los lienzos de mis esperanzas en forma

de chip volaban por distintos rincones de mi destrozada biblioteca; las farolas me mordían los ojos y cegaban mi juicio. Todo lo que había esbozado sobre ese chip dio paso al nacimiento de un mundo onírico, tan irreal e impredecible que terminó en una catarsis en el mundo real.

Cada paso que daba se convertía en un golpe seco de algún recuerdo disperso, una batalla encarnizada por buscar algo que no recordaba. Mis pies corrían como caballos salvajes a lugares de mi mente que no había visto jamás, mis manos lograban sentir figuras de cosas que no reconocía y la enorme manta de asfalto color abismo había comenzado a comerse las farolas expectantes. Las casas dormidas en la eternidad de mi mente habían empezado a desmoronarse formando escombros de caos; los

pilares en mi cabeza caían con más fuerza y en el sonido del reloj sonaban lamentos de despedida. Fue entonces cuando logré encontrar mis recuerdos dentro de un destello fugaz... y de pronto, todo se apagó

LA RIAJA

Adrián Israel Cruz Cristóbal

Mi nombre es Zion o “El manudo”, como gustes. Ya sabrás por qué. Desde hace más de 30 años estoy en prisión. No sé el tiempo exacto, pero ha sido demasiado como para seguir contándolo, demasiado tiempo como para recordar porqué estoy aquí.

Me he sentido muerto pero comprendo que esta es la vida que elegí o, mejor dicho, la que me asignaron por mi error. Estoy consciente de que lo que pago es lo correcto, es lo justo, me lo he buscado.

Me encuentro prisionero en “La Riaja”, una formidable y temible pirámide invertida, una obra

colosal. ¿No te mencioné esto antes? Estamos en la oscuridad, en el infierno; estamos por debajo de la tierra.

Últimamente he ido cambiando de celda, he ido subiendo. Ahora sé que estoy unos setenta y seis pisos más arriba de donde estaba antes, de donde comencé; con cada piso que subes el hedor disminuye de manera considerable, puedes sentir todo menos putrefacto.

Puede que suene a gloria lo que te cuento, ya sabes, subir, pero desde que estaba unos cinco pisos abajo, un demente viejito de cabello largo me repetía de manera constante: ¿sabes lo que significa subir a la base? Significa agonía, error. Algo abrumador nos espera. Nunca supe de lo que hablaba. ¿Me asustaba?

Pff. Claro estaba que a la gente de por aquí le faltaba más de un tornillo.

Estaba un poco aturdido por la situación, juraba que en estas últimas noches se escuchaban animales por aquí. Sé que las ratas comparten celda con unos. ¿Alguna vez has oído el llanto de un pájaro? A eso suena cada vez que duermo, cada vez que la noche invisible llega a las celdas.

Estaba durmiendo cuando me despertó su horrible voz agonizante, “ayúdame”, decía en bajos pero escalofriantes susurros. Esta señora no estaba allí el día que llegué. ¡Genial!, tengo una compañera de celda. Te la presento. Cuando tengo un compañero nuevo me gusta adivinar la razón que los trajo hasta aquí. Es mi pasatiempo favorito, es de lo mejor,

aunque de tanto fantasear no recuerdo con exactitud como lo hice yo.

Ella se veía demacrada, joven, unos cuarenta años sí ha de haber tenido; sus ojos eran un espanto: rojos, como dos coágulos de sangre. Uno de esos pájaros se los picó, ya sabes, de los que lloran por las noches. No me dejaban de mirar y no me dejaban pensar: ¿cómo llegó aquí?

—Roberto, —repetía. No sabía a quién le hablaba, pero a mí no era —dime que resisto, — formulaba con su débil voz que continuó hasta que, en un instante, sus últimas palabras se desvanecieron en el aire. Pasó un tiempo muy corto hasta que el mismo viejo demente de aquellos cinco pisos abajo pronto ocupó su lugar. Antes de entrar a mi celda me saludó con una sonrisa maliciosa en su rostro.

—¿Dónde está Pilar?, tu compañera de celda, hasta ese momento era obvio que no sabía cómo se llamaba “ella”. El anciano esquelético me miró y supo la respuesta al instante.

No le respondí, no esboqué ni una palabra, pero continuó su diálogo con mi presencia. —¿Sabías que ella subió?, y no precisamente ahora que ya está muerta, sino antes. Le hicieron unas pequeñas pruebas con inyecciones en los ojos. Era su rata de laboratorio. Si te genera curiosidad, ellos usaron alioptos, ni idea de que sean, ja, ja, pero juran que puede curar la ceguera de manera instantánea. Ja, ja, ja. Tenía un ojo malo, enfermo, y se lo curaron; pero son tercos, siempre quieren más. —La sonrisa en su rostro se desvaneció tan rápido como si alguien le hubiera arrebatado el alma.

Hasta ese momento entendí algo, había llegado a la sala de espera y todo cobró sentido. El llanto de los pájaros se tornaba en gritos, gritos de ratas de laboratorio, gritos de agonía, de nosotros, de prisioneros. Estuve mucho tiempo debajo tocando el inframundo, nunca supe lo que ocurría en este lugar; estuve olvidado. Recuerdo bien el día que la doctora Cárigo había solicitado mi presencia a la base, ese día subí unos diecisiete pisos seguidos y de ahí de cinco en cinco.

El viejo lunático me hablaba seguido de experimentos, de pruebas y de ratas de laboratorio. Comenzaba a aterrarme la idea de lo que me podrían hacer allá arriba. Lo peor era que nuestro vecino confirmaba las retorcidas e inhumanas teorías del

loco: el sufrimiento emergía de su boca siempre que regresaba de su “consulta”.

—Es un poco obvio el porqué te eligieron. ¿No lo crees? —el demente me preguntó en espera de una respuesta.

Creo pertinente confesarte en este punto algo. Hasta ese momento no me había permitido pensar en cómo había sucedido; no quería recordar el porqué de mi presencia en este lugar: mi mano derecha no está, no existe, por ello estoy aquí.

A cada día nuevo o lo que parecía, a cada piso que subíamos, cada vez más próximos a la base, mi angustia y mi miedo interno crecían. Un día desperté y me encontré solo, el lunático anciano no estaba. Pasaron algunos días, creo. Me alegró ver al viejo

entrar de nuevo a la celda. No caminaba, andaba en ruedas.

—Tardaré en recuperarme, pero saldré. Estoy exhausto, pero no quiero dormir, quiero estar seguro de que saldré. —Estaba un poco sorprendido por lo que había dicho aquel hombre, “saldré”. Después de eso el viejo no quiso hablarme, no me contestaba. Respiraba, estaba vivo, pero no andaba bien. Quería quedarme junto a él pero llegó un guardia. Creí que se lo llevarían, pero en esa ocasión venían por mí. Escoltado subí, subí hasta donde jamás había imaginado estar. El olor a fármacos comenzaba a impregnarse y a entrar de forma grotesca en mi nariz. Esperé un rato y llegó la doctora Cárigo.

—Hola, Zion —me recibió con gran amabilidad-, algo en extremo raro en este espantoso lugar.

Después de la charla con la doctora pedí que me regresaran a mi celda, quería despedirme del viejo. Él seguía vivo, pero tal vez yo no saldría. Quería hablar.

—Odio estar vivo, pero no quiero morir, le temo a la agonía —el viejo se volteó y evitó mi mirada. —¿Ves mi mano?, pasó cuando tenía catorce. No tuve piedad de ellos, así como ellos no la tuvieron de mí. Salvé a mi familia, querían robarnos, pero yo no lo permití. Resistí, me apuñalaron y sujetaron mi mano con un estúpido cuchillo hasta que la arrancaron de mí. Dolió como el infierno, sentí la agonía venir. Me recuperé, no tuve elección. Quería venganza, los acosé y un buen día incendié su escondrijo. Nunca

quise volar en pedazos todo el lugar. No sabía que había mucha gente, más de la que te puedas imaginar: era un nido. —El viejo regresó su mirada. —La doctora y unos científicos dicen poder ayudarme con mi problemita. No puedo confiar en ella, no después de ver todo lo que he visto; no después de saber que la mayoría no logra salir viva de allí.

El proceso de recuperación del viejo progresaba con el paso del tiempo hasta que pudo esbozar unas palabras.

—De igual manera morirás aquí. —Fue lo único que me dijo.

Me escoltaron, no estaba listo, pero odiaba estar vivo. Un gas me hizo caer en una inmensa oscuridad. Recuerdo despertar y ver mucha sangre.

—Quedarás en reposo, —dijo la doctora en medio de un sinfín de deslumbrantes luces blancas, parecía ser un ángel.

Cuando el efecto cesó sentí algo diferente en mí, en mi cuerpo. Sabía que no era una ilusión o un producto de mi imaginación, esta vez lo pude sentir. Mis lágrimas comenzaron a invadir mis ojos. Después de mucho tiempo, de tanto tiempo, ahí estaban mis dos manos, no solo la izquierda. ¡Podía sentir ambas manos!

No sabía por qué estaba tan horrorizado antes, pudo deberse a las teorías locas del viejo. No sé, solo quería salir y contarle, aunque mi alegría duró muy poco. Me realizaron diferentes pruebas y estudios. Observaron lo exitoso que había resultado la

intervención. La doctora me apartó un momento y comenzó a hablar.

—Te contaré algo. Todos nacemos para hacer historia. Sé que es muy difícil poder salir de aquí. Parece ser que estarás aquí por varios años más. Sabíamos que sería todo un éxito, ya que se hicieron muchas pruebas antes, aunque ahora nos falta una vital —continuó, pero ya no quería seguir escuchando. El horror y el pánico se apoderaron de mí.

Regresé a mi celda, iba a reposar, a meditar y a elegir. El viejo ya no estaba, creo que eso ayudó a mi elección. ¿Qué me había dicho la doctora? Tenía que escoger. ¿Qué quería que escogiera? La doctora había puesto sobre la mesa dos ricos y deliciosos manjares, pero uno era mortal. Sólo uno. El primero: podría

quedarme y disfrutar de mi nueva extremidad en una celda por el resto de mis días. ¿El segundo? Aquel jugoso segundo y mortal manjar: podría disfrutarla fuera de la pirámide. ¡Ya lo sabía!, era claro que la última opción era la mejor, la que debería escoger, pero tenía un precio, un precio muy elevado que me aterraba: no sobreviviría. Era una atrocidad, un acto inhumano.

Podía jurar que elegí lo seguro. La voz del viejo giraba por mi cabeza. Al final, solo lo hice. —Serás el primer hombre biónico, —exclamó la doctora.

Cuando llegué me resigné, luché, quería huir, me arrepentí. Claro está que no pude. Sabía que la probabilidad de sobrevivir era baja. Si aquel viejo sobrevivió fue por pura suerte, era todo un suertudo, pero ¿si no?

De un momento a otro me dormí. No estaba presente, me encontraba en medio de un sueño: podía sentir y respirar el aire fresco mientras tocaba el piano a la mitad de un jardín. Los pájaros no lloraban, sino que cantaban y volaban por el eterno cielo azul turquesa.

Mientras yo soñaba con mis brazos y mis piernas, había cables y sangre por todo el lugar. Cada extremidad de mi cuerpo estaba siendo separada de mi torso, una a una con precisión y delicadeza. Llegó un momento en el que sólo éramos mi tronco y yo. Temían que no respondiera. Ser el primer hombre biónico tenía muchos factores de riesgo. Sólo sabía una cosa: pedí que me mataran si no podía llegar a moverme otra vez. No habría podido vivir así.

El sueño terminó, no sabía que sucedía a mi alrededor. Pasó un tiempo. Mis ojos nunca se abrían, sólo había oscuridad. Las voces y los pájaros me acompañaban. ¿Estaba vivo? Tranquilo.

Al final, todo salió de maravilla para ser el primer hombre biónico en la Tierra. Me recuperé. Había ganado. No pude ver la luz del sol ni moverme. Estaba en un féretro. La luz me cegaba y mi energía no era la suficiente como para salir por mi propia cuenta, como para volver a pisar la entrada de La Riaja.

Aunque mi mérito solo quedó en la pirámide, dentro de sus laboratorios, no podía dejar de pensar en ello. Apuesto que la vida nunca sería igual a partir de mi avaricia o mi mala elección, ya que miles de personas sin poder caminar, ahora correrían; miles de

personas sin poder tomar de la mano a otros, ahora los abrazarían. Al parecer, mi condena se había pagado después de todo.

Pude ver al viejo otra vez, ya no estaba esquelético, se veía sano. Pude ver a mi hermana tan envejecida, que era casi irreconocible por los años marcados en su piel, y visité la tumba de mi madre.

Al final, no nos queda mucho tiempo. Solo espero que en La Riaja continúen experimentando con aquello que muchos anhelan: inmortalidad.

MI PADRE MARTE

Sasha Sofía Ramírez García

Todo comenzó el día de mi nacimiento. La primera persona en cargarme fue mi padre, quien de forma directa cortó el cordón umbilical en el parto, ya que los médicos lo invitaron a hacerlo. A veces pienso que esa fue una de las razones por las cuales tuve un vínculo tan fuerte con él. En fin.

Conforme crecía me fui convirtiendo en un pequeño clon de mi padre, una persona apasionada por aprender y sobre todo por seguir mi intuición. Mi padre era un científico que trabajaba en investigaciones independientes y siempre tenía un proyecto al que se aferraba, por lo que había noches

que no dormía. Aunque yo no sabía qué era, me intrigaba demasiado y quería ser como él: poseer algo que me quitara el sueño y me hiciera sentir el corazón pleno.

Era un día soleado de primavera y me encontraba en el patio de casa esperando a que mi padre llegara para recibirlo como cualquier otro día. Apenas tenía doce años, cuando después de abrazarlo, me mostró un libro enorme que estaba envuelto en papel kraft, ¡en verdad era enorme! Medía casi la mitad de mi estatura y yo estaba tan emocionada por abrirlo que no pude resistirme y lo hice ahí mismo. Arranqué el papel que lo envolvía trozo por trozo y me percaté de la hermosa ilustración de la portada: el planeta Marte al centro, rodeado por una enorme extensión de estrellas y de espacio

interestelar. Quedé tan asombrada que corrí a mi habitación para leer aquel asombroso libro.

En definitiva, aquel suceso fue el detonante que cambió mi vida por completo. Ver cada hoja explicando los datos sobre cada planeta y cada constelación con tanto detalle; mirar cada fotografía y cada ilustración, me hizo sentirme con el corazón pleno. Lo que más llamó mi atención fue el capítulo llamado “Marte”, en el cual se hablaba de todos los pormenores de aquel planeta y se decía que en un futuro el humano viajaría hasta allá e incluso lo colonizaría. Cuando le comenté a mi padre mi interés por Marte, él se mostró tan emocionado que me propuso aprender y estudiar más sobre el tema, a lo cual accedí.

Pasaron días, semanas, meses y años, pero mi interés por la astronomía seguía vigente, aquel planeta rojo se había ganado mi corazón. Cada día leía artículos, veía noticias, estudiaba y compraba libros acerca de Marte. En numerosas ocasiones mi padre me dijo que estaba alegre de que fuera su compañera de estudio y que tenía en mente un proyecto muy grande, tan grande, que cambiaría nuestras vidas, e incluso el destino de la humanidad.

Yo creía que exageraba un poco, sin embargo, tiempo después tuvimos una profunda conversación que me convenció de lo contrario. ¿Qué tendría en mente mi padre? Él, como yo, mostraba un enorme interés en Marte y siempre dejó en claro que era su mayor pasión, el lazo inquebrantable que nos unía:

descifrar los enigmas detrás del universo, en especial los del planeta rojo.

Durante nuestra conversación me dijo con seriedad que lograría grandes avances, no solo por el reconocimiento que recibiría sino porque lo impulsaba el amor que sentía hacia la ciencia y el poder compartir su mayor logro conmigo. Por fin me mostraría aquel proyecto en el que había trabajado toda su vida de una forma perfeccionista y meticulosa. Fijó una fecha exacta para asistir a la revelación en su laboratorio: 16 de marzo; solo faltaban dos semanas, pero parecía una eternidad.

Con el paso de los días mi interés hacia aquel misterioso proyecto aumentó; sin embargo, cuando solo faltaban unas horas para el tan ansiado suceso, algo inesperado ocurrió.

Había sonado la campana para salir de clases cuando la directora me citó en su oficina. Fue algo extraño, pero me dirigí hacia allá. Llegué, toqué la puerta y, al abrirla, la directora se encontraba al teléfono con una expresión de tristeza y de lástima. Yo no entendía nada. Al finalizar la llamada me pidió que me sentara porque mi madre iría a recogerme: mi padre había sufrido un accidente. No pregunté nada más, solo esperé en silencio a que mi madre llegara. Estaba en shock, no sabía lo que sentía en ese momento, pero ansiaba que él estuviera bien.

Mi madre me explicó entre lágrimas que alguien en estado de ebriedad había arrollado a papá mientras él cruzaba la calle frente al supermercado. Había ido ahí para comprar las botanas de la celebración. No supe cómo reaccionar, seguía sin

decir ni una palabra. Mamá me dejó en casa y salió hacia el hospital de inmediato.

Me senté en el sillón de la sala y me quedé viendo al vacío; después de casi quince minutos así me solté a llorar. No lo podía creer, no era justo lo que estaba pasando, no entendía nada, ¿por qué justo ese día?, ¿por qué mi papá? Lo único que esperaba era que estuviera bien. Horas después, agotada y triste, llegó mi madre. Le pregunté cómo se encontraba papá, pero ella solo dijo que me llevaría a visitarlo.

Al día siguiente, me llevó al hospital y pude verlo. Estaba mal, lleno de vendajes y con un respirador artificial. Mi corazón se rompió. Notaba en sus ojos que estaba a punto de rendirse. Me acerqué a él y noté que estaba consciente. Le pedí que no se rindiera, él comenzó a reír, típico de él. En

medio de las lágrimas intenté reír para hacerlo sentir bien, pero el llanto me ganó. Mi padre tomó mi mano y mientras me veía a los ojos con una sonrisa tan sincera que dolía, me entregó una cápsula de metal. Soltó un enorme suspiro de alivio, apretó con fuerza mi mano y cerró los ojos. Entre gritos y llanto llamé a los doctores, quienes me sacaron de la habitación. Intentaron reanimar a mi padre, pero no tuvieron éxito, él había muerto.

Seguía sin poder creerlo. No quería saber nada de nadie. Al llegar a casa guardé lo que él me había dado antes de morir y me recosté en la cama, ¿qué debía hacer ahora? Deprimirme no era una opción, mi padre estaría decepcionado de mí. Él odiaba la tristeza y los lamentos por el pasado.

Entré a su laboratorio, todo estaba listo para la presentación de su proyecto, así que abrí su computadora y leí todo acerca de aquella investigación. La cápsula contenía la semilla de una planta modificada genéticamente, cuyo propósito era generar vida en Marte.

Plantaría aquella cápsula, esperaré a que creciera la planta que sobreviviría a las condiciones de aquel lugar, generaré más vegetación y lograré las condiciones propicias para que se desarrollaran otras formas de vida. Ese será el plan. A partir de ese momento tuve un solo propósito: cumplir el sueño de mi padre.

Me convertí en una estudiante de excelencia, me esforcé por mi padre y por mí. Conseguí una beca en una universidad prestigiosa y me postulé para

obtener el apoyo de la NASA. Lo logré. Cada día, al regresar de la escuela, abría el contenedor donde guardaba la cápsula y la miraba un largo rato, como si estuviera observando una parte de mi padre; lo extrañaba tanto, y eso se convertía en mi impulso.

Al fin estaba a un paso de lograr el sueño de mi padre. Mi principal propósito era ser una astronauta y una astrofísica trabajando para la NASA. Después de graduarme, me postulé para trabajar ahí mismo. El proceso fue duro, tuve que superar tantas pruebas, tantos filtros y la ansiedad al ver a tanta gente con la misma capacidad que yo compitiendo a mi lado. Fue difícil.

Un día antes de la publicación de los resultados de las pruebas me sentí mal. Pensar en toda la gente inteligente que se postuló, me hizo creer que tal vez

no cumpliría mi sueño. Todo por lo que luché podía desmoronarse en cuestión de minutos. Rompí en llanto, me dirigí al balcón de mi habitación y miré al cielo. Un destello de luz apareció de la nada, era una lluvia de meteoritos, la señal divina que me salvó; tal vez mi padre estaba ahí, mirándome orgulloso.

Mi nombre estaba en la lista de aceptados, no pude evitar llorar. Me tiré al suelo sintiéndome la persona más afortunada del mundo. Estaba cerca de cumplir mi propósito de vida, mis sueños y los de mi padre.

Los avances científicos y tecnológicos permitieron realizar el primer viaje a Marte hace dos años y luego de intentos desesperados por generar vida, era mi turno. En mi misión, la primera luego de casi dos años de entrenamiento, estuve acompañada

por dos personas, Dylan y Sofía. Nos encontrábamos subiendo a la nave que nos llevaría al planeta rojo. Luego de horas, días, o tal vez semanas, llegamos.

Aterrizamos en un montículo de arena y descendimos; era maravilloso estar parada ahí, pisar la tierra dura de un tono naranja-marrón, ver el cielo, el espacio, el universo. No pude evitar llorar. Saqué aquella cápsula que mi padre me había dado, me alejé de mis compañeros y la enterré. Solo debía ponerla en lo profundo de la tierra y dejar que germinara. Pensé que esa cápsula sería parte de marte, sería parte de mi padre. Miré las estrellas, recordé el entusiasmo que mi padre sintió cada segundo de su vida, él se sentiría orgulloso de mí por estar aquí, por traerlo conmigo.

Unos meses después, en la red saldría una noticia que impactaría a la humanidad: estaba

creciendo la primera forma de vida registrada en Marte, una pequeña planta sembrada en una extensión de tierra. Sí, era la cápsula que mi padre me había dado, al fin había cumplido su sueño, nuestro sueño, el comienzo de algo enorme.

ENREDADERAS

Axel Francisco Hidalgo Martínez

¿Por qué terminamos así?, ¿por qué tuvimos que jugar a ser Dios? No lo entiendo, no entiendo qué fue lo que hicimos mal, solo queríamos ayudar a los que no tenían nada, a aquellos que se morían de hambre. Pero al final de cuentas no pudimos hacer mucho por ellos, todos murieron, aunque no fue de hambre.

Recuerdo con claridad el día en que todo se fue por el caño, y cómo no hacerlo si fue culpa mía que eso pasara. Fui yo quien les dio la magnífica idea de modificar genéticamente las plantas para generar más alimentos; de aumentar su producción para solucionar el hambre mundial. Creí que esto nos

daría fama y prestigio, que estaríamos en la gloria tras nuestro descubrimiento. Sí, cómo no. Mírenme ahora, mi pierna está destruida y pierdo sangre a cada segundo que pasa.

Ya no tengo nada de agua o de comida, solo traigo conmigo el revólver que logré tomar del cuerpo de uno de los guardias del laboratorio. Sé lo que deben estar pensando, ¿quién rayos es este sujeto? Llevo rato hablando sin siquiera haberles dicho mi nombre. Mi nombre es... ¿cuál era mi nombre? No lo recuerdo, hace tanto que no hablo con alguien que hasta creí que había olvidado cómo hacerlo.

Mientras huía de ellas encontré la grabadora con la que estoy hablando ahora. Espero que al terminar de contar todo, sea encontrada por alguien, o por algo. Solo quiero hablar y fingir que alguien me

escucha, han sido tiempos muy difíciles y solitarios. Continuaré hablando hasta que todo acabe, ya sea que me desangre o que ellas vengan para acabar conmigo, lo que suceda primero. En el peor de los casos, tendré que tomar el revólver y... ya saben, pero espero no llegar a eso.

Comenzaré por el inicio, antes de que todo se acabara. Creo que era el año 2130, no recuerdo muy bien la fecha, me ha sido difícil llevar un registro del tiempo que ha pasado desde el día en que todo ocurrió.

Trabajaba en un centro de investigación ubicado en una zona árida entre la frontera entre Coahuila y Texas, un laboratorio cuyas principales especialidades eran la genética y la botánica, dos de las ramas de la ciencia que creí que salvarían al

mundo del hambre, que salvarían a muchos de la desnutrición e inclusive que nos salvarían de nuestra vida como mortales.

El papel que desempeñé en dicho lugar era uno de los más importantes, pues fui el científico que encabezaba el programa de creación de los nuevos organismos genéticamente modificados, con el fin de producir uno o varios superalimentos que ayudarían al mundo con las crisis que estaban por venir. Mi idea era transferir la longevidad del baobab africano y parte del gigantismo que caracteriza a la especie, de esa forma tendríamos alimentos que fuesen más grandes que su tamaño original y que pudiesen conservarse frescos por mucho más tiempo sin importar la condiciones en las que se encontraran.

Todo el proceso resultó ser un éxito. Los genes del baobab fueron compatibles con cada espécimen vegetal con el que se experimentó. Obtuvimos resultados mejores de los esperados. Manzanas más grandes que un balón de basquetbol, tomates del tamaño de un perro gran danés adulto, zanahorias de casi tres metros de largo y grosor de un metro. Toda especie vegetal al máximo de su tamaño original. Lo mejor de todo era que podían conservarse frescos durante días, semanas, meses, años e inclusive siglos.

No nos limitamos solo a frutas y verduras, también lo probamos con árboles, para así aumentar la purificación del aire contaminado. Mataríamos dos pájaros de un tiro: el hambre mundial y la reducción de la contaminación. Todo parecía ir de maravilla, pero conforme avanzábamos con los experimentos,

pude notar que al llegar a su máximo tamaño, de los especímenes modificados comenzaban a brotar unas extrañas enredaderas. Parecían nacer de ellos y no con ellos. Al principio, todo eso me parecía extraño, así que no le tomé demasiada importancia, pues creí que sería algo relacionado con su nuevo código genético.

Le pregunté, a la que en ese entonces era mi asistente, si deberíamos informar a nuestros superiores de las enredaderas. Ella me miró extrañada, pues estaba entusiasmada por lo que habíamos descubierto, pero en especial, por esas extrañas enredaderas. De la bolsa de su bata sacó un pequeño encendedor para crear una pequeña flama que acercó a una de las enredaderas. Quedé fascinado con lo que mis ojos vieron: la enredadera se retorció

del dolor y alejó su tallo del fuego contrayéndose un poco. Era algo increíble. Había visto un comportamiento similar en la *Mimosa sensitiva*, pero ellas solo cerraban sus hojas. Estas nuevas plantas, además de dar sutiles indicios de inteligencia, regeneraban el área que había sido quemada casi de inmediato. El asombro y el entusiasmo se veía reflejado en su rostro.

Me pidió una semana para poder estudiar a fondo a esa nueva especie que habíamos creado de manera accidental. Mencionó que era posible que las células de esas enredaderas pudieran ayudar a curar enfermedades como el Alzheimer, el sida, o inclusive el cáncer, pero no lo sabríamos si no las estudiábamos con más detalle.

Inhalé profundo, sabía que no debía hacer eso, pero accedí a su petición. Salió como alma que lleva el diablo de la habitación, se dirigía por todos los materiales que necesitaba para poder empezar con su investigación. Examinó con rigurosidad a cada enredadera que nació. Comenzó a mezclarlas con diversas plantas con las que resultó compatible su composición, entre ellas se encontraban las venus atrapamoscas.

Al igual que todos los demás especímenes la enredadera alcanzaba un tamaño monstruoso, pero con una diferencia, ya que de ellas comenzaron a brotar unas hermosas flores rojas de apariencia particular, como tenazas. Las nuevas enredaderas mostraban un desenvolvimiento excepcional, daban indicios de inteligencia, podían memorizar ciertos

patrones de su rutina, como la hora en que eran regadas y alimentadas, llegando incluso a hacerlos por su propia cuenta en algunas ocasiones.

El plazo llegó a su final. Los resultados eran aún mejores que los de los especímenes primigenios: tenían inteligencia, receptores sensoriales y lo mejor de todo era que la teoría de mi asistente fue acertada. Las células de esta nueva especie podrían ser utilizadas para el tratamiento de varias enfermedades mortales.

Presentamos el nuevo espécimen a los superiores, quedaron fascinados con la demostración. Mi asistente no solo les enseñó como la planta mostraba respuesta al dolor, sino que también les demostró que podía ser controlada a voluntad.

Expusimos todos los resultados y al final mi asistente lanzó un gran trozo de carne en dirección contraria a la enredadera, la cual, con ayuda de sus tallos, lo atrapó en el aire para luego engullirlo a través de sus flores. Todos quedaron boquiabiertos al ver eso, creyeron que habían hecho un gran aporte al mundo científico, que esa nueva especie podría ayudar a muchos. Y lo peor de todo fue que nuestra arrogancia nos cegó, creímos tener todo bajo control, creímos que esa enredadera estaba bajo nuestras órdenes. Qué equivocados estábamos.

Después de la presentación, la enredadera seguía mostrando los mismos resultados de siempre, pero al tercer día, de la nada, la enredadera tomó entre sus tallos a varios de los presentes en el lugar. Comenzó a rociarlos con un extraño vapor que

provenía de sus hermosas flores para luego engullirlos entre sus fauces.

No comprendía lo que pasaba, el miedo me paralizó. Todo comenzó a ir en cámara lenta frente a mis ojos. Vi como varios guardias del laboratorio desenfundaron sus armas, descargándolas contra la planta, pero todo fue en vano. La enredadera se cubrió con sus propias hojas, las cuales se habían endurecido como un escudo. Varios de sus tallos serpenteaban por el piso del lugar; las flores comenzaron a transformarse en grandes venus atrapamoscas, que en un rápido movimiento, masticaron a los guardias. Todo se tiñó de un rojo carmesí intenso.

Uno de los tallos tomó a mi asistente de los tobillos. Corrí, traté de ayudarla, pero fue inútil, pues

otro de los tallos de la enredadera me lanzó con fuerza una de las cápsulas de sellado del lugar, de esas que utilizábamos para resguardar los especímenes.

Mi cabeza se golpeó con la pared y caí inconsciente. Lo último que recuerdo fue ver cómo la cápsula se cerraba frente a mí. Creo que, de alguna manera, la naturaleza se encargó de que esas enredaderas fueran modificadas, no para ayudar a los humanos sino para destruirlos, como una especie de castigo tras todos los años que el humano destruyó y modificó el planeta a su antojo.

Cuando desperté vi que todo estaba cubierto de raíces, no sabía con exactitud cuánto había pasado desde el incidente que ocasionó todo. Había manchas rojizas por todos lados y un nauseabundo olor a muerto, cuyo recuerdo provocaba que mi estómago

se revolviere y quisiera vomitar la poca comida que había dentro de él. Salí del lugar, solo encontré cuerpos en un avanzado estado de descomposición, entre ellos el de mi asistente.

Llegué a las afueras del centro de investigaciones. Estaba seguro que se encontraba ubicado en medio de una zona desértica, pero el lugar se hallaba lleno de árboles de todo tipo, todos de más de unos 80 metros de alto. Todo era muy difícil de procesar. No tuve tiempo ni siquiera de asimilar algo, pues grandes tallos semejantes a los que ocasionaron todo, se aproximaban en mi dirección. Di la vuelta y corrí lo más rápido que pude para entrar a lo que alguna vez fue el centro de investigaciones. Cerré todo el lugar y ahí permanecí por un muy largo

tiempo, no sé cuánto exactamente, solo sé que fueron años.

Dentro de las instalaciones había lo suficiente para poder sobrevivir, pero todo se agotaba con el pasar de los días. Así que decidí salir del lugar. Me harté de estar encerrado. Si tenía que morir, por lo menos que sería fuera de ahí. Me las arreglé para pilotar uno de los helicópteros que había en el lugar, los utilizábamos para transportar cosas, pero ahora eran mi boleto de salida a la libertad.

Piloteé durante varios días. Pude notar que ya no quedaban animales, a excepción de las aves y los peces. Solo había raíces. Al parecer, las enredaderas habían acabado con todos los humanos o eso creí. Mientras piloteaba sobre una antigua zona urbana pude ver a un par de chicas de unos 15 o 16 años.

Vestían con ropa tipo militar, parecida a la usada en la segunda guerra mundial, inclusive llevaban cascos del tipo Stahlhelm. Una llevaba consigo un rifle y la otra se encargaba de conducir el vehículo en el que se movían, un Kettenkrad.

Era extraño ver ese tipo de vehículos, pues habían sido discontinuados hace unos 200 años, pero me pareció más extraño ver que las enredaderas no les hacían nada. Quería regresar, descubrir por que no las atacaban, pero el helicóptero comenzó a fallar en pleno vuelo. No pude mantenerlo estable, lo que ocasionó que colisionara contra los edificios.

La colisión ocasionó que una barra de metal atravesara mi pierna derecha. Me las tuve que arreglar para escapar de los escombros del helicóptero. Cuando salí, vi cómo varias enredaderas estaban

frente a mí. Me costó mucho, pero pude salir de ahí. Avancé lo más que pude, pero el dolor era insoportable. Llegué al lugar en donde estoy ahora, encontré la grabadora y ya saben el resto.

No tengo a dónde ir, estoy rodeado, muy mal herido. Mi única solución es eso... Solo tengo una bala, pero no sé si tenga el valor para hacerlo. Esperaré un poco más, tal vez se vayan y me dejen vivir un día más. Espero que así sea, aunque lo dudo, solo esperaré y tendré cargada el arma por si la necesito...

EL DIARIO DE MIDAS

Carlos Michel Rubio Barbosa

¿Todo el tiempo fue tan fácil? nadie lo hubiera pensado. A pesar de todos los avances químicos, en lugar de ir hacia delante, solo debíamos regresar un poco para darnos cuenta de que el principio de esta ciencia era una vertiente que tuvimos que entender desde hace mucho, pues retomarla resultó ser el cambio más grande que se haya vivido en el siglo XXI.

Debí quedarme como aquel joven curioso y arrogante que se encontraba impaciente por aportar algo a la ciencia ¡quería ser el químico que cambiaría al mundo! Quizá ayudar con nuevos medicamentos o descubrir nuevas técnicas, hacer de nuestro mundo

un lugar brillante; qué triste que consiguiera lo último de una manera tan deplorable.

El procedimiento fue un éxito, a veces los mejores resultados se obtienen de manera inesperada. Resulta irónico que un concepto como la alquimia haya sido la clave para conseguir transmutar los metales, parece que le gané a Newton por unos cuantos años; ojalá él se hubiera dado cuenta antes para dejar el precedente de que esto sería un clavo en el ataúd.

La idea sonaba maravillosa: poder crear oro de manera infinita, apuntaba a ser la solución definitiva a la pobreza mundial, pero con el tiempo, esto resultó ser la peor decisión que se pudo haber tomado.

Al principio, todo pareció brillante como el oro, irónicamente, ya que las arcas de los países,

empresas e incluso personas comunes y corrientes, parecían aumentar sin consecuencia alguna. El oro estaba al alcance de todos, era el comienzo de una época de dicha; sin embargo fue cuestión de tiempo para que se volviera de llanto.

Con el oro, uno de los principales soportes de las monedas globales cada vez más en abundancia, fue claro el resultado: el dinero pasó a ser solo papel y metal; incluso las monedas comenzaron a ser transmutadas por una mísera cantidad de oro sin reparo alguno.

No puedo culparlos, era tan fácil que cualquier persona con un poco de agua y cualquier metal lograra hacer el proceso. Ese fue el principal problema, porque al realizar la transmutación, los vapores producidos en dichos procedimientos

consumían una cantidad muy grande de dióxido de carbono, incluso si esto se hacía en pequeñas cantidades.

No es extraño pensar que bodegas industriales, almacenes completos y minas, se podrían inundar para conseguir oro de forma acelerada. Estos gases provocaron un gran desastre que, además de producir aún más daños de los que ya le habíamos causado a la capa de ozono, se sumó a la falta de CO₂ por el gran nivel de deforestación. Fue cuestión de tiempo que la flora comenzara a morir. No fue necesario cortar los árboles, estos murieron solos en un tiempo récord, y por consiguiente la cantidad de oxígeno que se podía conseguir hizo que fuera apenas posible la supervivencia en medio de las mayores dificultades posibles.

El agua fue otro recurso que pagó nuestra codicia, ya que con el tiempo los asentamientos de agua dulce fueron reemplazados con formaciones rocosas de oro sin ningún valor. Donde antes existían costas, se alojaron desiertos de oro que se extendían de forma infinita en lo que antes llamábamos mar abierto.

El gran número de especies que murieron por mi culpa fue inmenso, no solo perecieron por hambre, sino que el poco territorio que aún podían llamar hogar se transformó en un campo estéril reluciente de un color dorado que solo lograba reflejar la muerte de otros habitantes de nuestro planeta.

Recuerdo la rima del antiguo marinero: “Agua, agua, en todas partes, ni una gota para beber”. Resulta

curioso como en mi caso es “riqueza, riqueza por todos lados y ni una gota de agua”. No fue sorprendente que la gran demanda por el líquido vital resultara en conflictos que nos han diezmado más que cualquier guerra antes vista. Ver siempre el vaso medio vacío logró que ni siquiera con una montaña de oro pudiera comprarse ni una gota para beber del preciado líquido.

Parece ser que por fin lo obtuvimos, conseguimos los diferentes objetivos que cada quien buscaba a su manera. Tener todo el dinero del mundo nos hizo personas sin objetivos, perezosas e inservibles; la codicia pudo ser alimentada sin fin con oro. Ser asquerosamente ricos nos hizo explorar nuevos niveles de nuestra gula y con el hambre de siempre, buscar más sin importarnos el precio. La

lujuria fue nuestro motor para ser los dueños de todo, porque incluso sin importarnos que el cuerpo ajeno no tenga un precio, buscamos hacerlo nuestro sin consentimiento.

Sentirnos seres superiores a todos nos hizo soberbios, insensibles, despreciables, no nos importó ser los verdugos de miles de plantas y de animales mientras nosotros disfrutáramos sin control. Fue cuestión de tiempo para que la envidia surgiera, aún siendo personas con una riqueza infinita, ansiábamos la de los otros, si nosotros no la teníamos, nuestro semejante no podía tenerla; razón por la cual la ira se apoderó de nosotros, peleamos ilusamente pensando que el tener toda la riqueza era el objetivo.

Los pocos que quedamos estábamos aquí, en el punto más bajo de este torcido mundo. Puede que

Dante tuviera razón, todo este asunto parecía una divina comedia, el único error era que Lucifer no se encontraba en el fondo, éramos nosotros quienes teníamos una reservación especial en ese lugar.

A pesar de ser una persona que perdió su fe a una edad muy temprana, de verdad espero que exista algo más allá de la muerte, al menos esa sería la única forma de lograr escapar de esta situación: poder pedir perdón, tratar de hacer bien las cosas que no pude hacer aquí. No sé si esto tenga alguna validez, pero es lo menos que podría hacer. Al final, me convertí en el hombre que vendió al mundo.

Resulta inútil querer dejar este diario, pero mientras uno se rasca la cien con un revólver, querer ser escuchado por última vez es algo que resulta natural. Una disculpa no puede arreglar nada a esta

altura, pero considero que es peor irse sin poder darla. Si alguien llega a leer esto en algún momento, quiero que sepa que lamento en profundidad habernos condenado a todos, ni siquiera merezco ser recordado por la historia de otra forma que no sea como el hombre que convirtió la verdadera riqueza en oro.

LOCOS CON GAFAS

Ángela Olivares Galina

Desde la larga ventana de la cocina veo el cielo artificial sobre los aburridos y esqueléticos departamentos de mis vecinos, la abuela dice que nunca debió existir, pero según los libros, nosotros no existiríamos sin él, al menos no después del derrame que hubo hace años, en el cual mi abuela y otros pocos más vieron lo que en realidad pasó.

Cada mañana mientras espero que nuestra comida se hidrate, intento imaginar cómo habría sido vivir cuando el cielo aún era real, si los edificios serían menos aburridos, o si nosotros seríamos diferentes, pero una vez más algo me interrumpe. Esta vez es el

calentador con ese molesto ruido que me dice que el desayuno está listo, así que me alejo de la ventana, sirvo la comida en platos y camino hacia las escaleras tan rápido como puedo, tanto, que las pastillas están a punto de caerse de la bandeja y yo de tropezar por segunda vez por lo alto de los escalones.

Su puerta está abierta y puedo verla sujetando con firmeza el oso de peluche que su mamá le regaló cuando tenía mi edad, sus ojos aún estaban cerrados y su espalda se mantenía erguida. Todas las mañanas eran así: con el peluche en la mano, pedía a Dios ver algo de color en él, a veces solo pedía por un cabello, otras por el moño, y a pesar de no verlas cumplidas, al menos no aún, nunca desistía en sus plegarias.

—Abuela, buenos días —abrió los ojos y sonriendo me miró con ternura, aunque podía notar

la tristeza escondida en ellos, pretendí no hacerlo y le devolví la sonrisa.

Comíamos juntos en cada comida, durante las cuales siempre me contaba historias de su juventud. Ella era una gran artista, no por nada nuestro edificio estaba lleno de pinturas -desde que colocaron ese cielo falso, todo el mundo perdió su color y mis pinturas su vida-. Siempre eran así, comenzaban de una forma divertida, pero luego recordaba lo que pasó y las sonrisas desaparecían.

Nunca le hacía más preguntas, esperaba a que comenzara otra historia mientras volteaba a ver los cuadros en la pared y hoy no iba a ser diferente. De pronto, vi unos pequeños tubos en un rincón de la habitación, entonces me levanté de la cama dejando mi plato a un lado y me arrodillé frente a ellos,

tomándolos entre mis dedos volteé a verla y le pregunté qué eran.

—Pinturas —dijo como si fuera lo más obvio del mundo, y sonrió como alguien que sabe algo que tú no, aunque algo que sí sabía, es que yo no entendía nada de lo que hablaba, todos me parecían sueños de alguien confundido o sobreestimulado. Así que miré estos pequeños cilindros y leí lo que decían: “*rojo carmesí, amarillo ocre...*”, ¿qué es un rojo, y desde cuándo el ocre tiene un primer nombre?, reí con amargura pues nada tenía sentido; los nombres extraños, las historias, el cómo esta crema pastosa podía crear las emociones de las que ella hablaba. Yo lo veía todo igual.

Al salir de casa vi hacia el cielo, ese que la abuela tanto despreciaba, y aunque no entendía muy bien la

razón, a mí tampoco me gustaba mucho. Pasé por la plaza y vi que las construcciones seguían en pausa, al acercarme a la parada del autobús noté que mis compañeros estaban reunidos para ver a las niñas del otro colegio, algunos las saludaban y otros se presentaban desde lejos, pero ellas solo se reían mientras seguían el camino de las luces en el pavimento. Usualmente me uniría, pero hoy no se sentía como todos los días, caminando hacia ellos veía las botas danzar una delante de la otra entre el parpadeo de las luces. Hoy solo podía pensar que tal vez nunca entendería lo que la abuela decía, aunque me habría gustado ver lo que sea que ella veía, al menos por un segundo.

Y fue en ese momento, cuando tenía la puerta del autobús frente a mí, que decidí ir al único lugar

que todos mis compañeros me decían que no fuera. Sí, con el loco de las gafas.

La verdad no sé si está loco pero sí sé que vive muy lejos, en el último edificio sobre el monte más alto, ese que está junto al depósito; también sé que si espero a que terminen las clases, nunca llegaré a tiempo a casa para preparar la cena, así que debo pensar en qué hacer. Entro al autobús y me siento junto a uno de mis compañeros y lo saludo, aunque hable con ellos, nos pasemos respuestas en los exámenes y juguemos fútbol, no podría llamar a ninguno de ellos mi amigo, de cualquier forma, no pasa nada si hago una simple pregunta, ¿cierto?

—Oye, Jaime, ¿tú en serio crees que el loco de las gafas, está... pues loco?, —mi compañero se rió tan

fuerte que los chicos en los asientos de enfrente se voltearon a vernos.

—No tan loco como tu abuela, mi mamá dice que la vio por la ventana haciendo vudú, —los de atrás se unieron a la plática, aunque más que hablar solo reían como si supieran de lo que estaban hablando.

—¡Mi abuela no está loca!, —le grité en la cara al de enfrente.

—Loca, loca, loca, —mi compañero cantó mientras los demás seguían riendo, lo empujé para que se callara y él me devolvió el empujón junto con un golpe en la cara. Estaba tan concentrado en no perder que no me di cuenta en qué momento terminamos en el polvoriento suelo del autobús. Al

final, el conductor me sacó y tiró mi mochila junto a mí.

—¿Cómo se supone que llegue a la primera clase? —le grité, aunque él ya había acelerado. Contemplé mis opciones, si llegaba tarde me harían limpiar el patio, pero si faltaba... Me pregunto si el loco de las gafas está en casa.

Caminé durante lo que parecieron cien años y conforme me acercaba a mi destino noté que el lugar olía cada vez peor, como a hospital, no, como a rata muerta, y eso que aún seguía en lo más bajo del monte. Aunque debería estar en clase de matemáticas, y no en camino al borde de la locura lleno de vidrios rotos que me hacían pensar que debía haber traído las botas viejas, y a pesar de que tenía algo de miedo al no saber qué me esperaba allá arriba,

creía que cualquier cosa sería mejor que haber ido a la oficina del principal por un retardo, incluso el olor a rata muerta.

Aún así, mil y un excusas pasaban por mi cabeza para convencerme de darme la vuelta; ya empezaba a hacer calor, me estaba dando hambre, tal vez el hombre estaba más loco de lo que todos decían; pero ignoré mis pensamientos cuando vi la puerta del edificio, estaba casi tan oxidada como la entrada de la ciudad y en ella había un anuncio colgado, carcomido y cubierto por el polvo; al acercarme a limpiarlo con mi suéter vi lo que decía: “Entre o muera”.

Antes de arrepentirme toqué la puerta, pensé en correr y fingir que nunca había llegado aquí, pero la puerta se abrió tan rápido que no pude ni alejar la mano del metal, y en menos de un segundo, docenas

de gafas me estaban observando. —Mmmh, tú no eres el que limpia el área —unas manos con gruesos guantes tocaron un par de botoncitos en la montura de las gafas y todas se unieron en solo un par... ¡Por supuesto, era el loco de las gafas! —¿Qué haces aquí, muchacho, no deberías estar en la escuela? —me dijo indicando con una señal que podía pasar e intentó no reír por lo ridículamente cierto que era su apodo.

—Hoy era... ¿día libre? —sonreí sin mirarlo a los ojos, o más bien a las gafas, y entré. Su interior estaba más ordenado y cuidado de lo que esperaba, aunque casi no había espacio para caminar con tantos estantes y frascos apilados, y la idea de romper algo me hacía caminar aún más lento.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —el loco de las gafas me ofreció un vaso de jugo

—Bueno... mi abuela quiere ver algo. Falta mucho para su cumpleaños, pero no sé cuánto tarde esto y me gustaría que lo viera ese día —el hombre se levantó de un salto y rascó su cabeza, podría jurar que era tan viejo como mi abuela.

—Veamos...si quiere ver algo muy muy pequeño, un microscopio hará la magia —luego subió a una larga escalera hasta llegar casi al techo.

—¡O si es algo muy lejano, entonces un telescopio servirá! —rió y bajó deslizándose por la escalera.

—Bueno, no creo que esté muy lejos, o que sea muy pequeño, ella dice que está en todas partes, que todas las cosas lo tienen —dije viendo el jugo de manzana que me había servido.

—Entonces, ¿qué es?

Después de un buen rato hablando con el loco, buscando y tomando lo que parecía servir, me volteé a ver su pared de relojes.

—¡Ya es la hora de salida!—. Me despedí de él al mismo tiempo que bajaba las largas escaleras del edificio y al llegar a la puerta salí apresurado.

—¡Gracias, loc-ñor, señor de las gafas! —dije riendo, y sujeté bien los libros bajo mi brazo que me había prestado mientras corría lo más rápido que mis piernas podían hacia la estación. Al llegar a casa preparé y serví el almuerzo.

El resto del día lo pasé en mi habitación tomando notas y leyendo estos curiosos libros, que después de unos días pude terminar para pedirle algunos más. Al parecer esto no solo tenía que ver con las pinturas de la abuela.

—Así que lo que quiere ver si está en todas partes... color, qué curiosa palabra para algo que parece no existir más —y aunque aún no podía creer por completo lo que decían estos párrafos, si quería que ella pudiera verlo de nuevo, tenía que hacer algo. Así que cada día después de clase fui con el señor de las gafas; primero, me enseñó todos los nombres de los materiales, me habló sobre la luz, los fotones y el pigmento y aunque seguía sin entender cómo todo esto podría alegrar a la abuela, seguí aprendiendo por ella.

—Tomás, ¿a dónde vas? Ya nunca vienes con nosotros —uno de mis compañeros gritó al verme salir corriendo de la escuela, como se había vuelto mi costumbre.

—Mmmh, es que tengo algo que hacer... ¡Nos vemos luego! —podía haber salido peor, pero eso no importaba, el cumpleaños de la abuela se acercaba y mañana tenía que presentar para la clase, ¿y saben algo? No tengo idea de qué hablar... ¡ante toda la clase!

Me dirigí a casa del señor de las gafas para pedirle ayuda, pero cuando llegué, no pude encontrarlo en ninguna parte. La sala estaba limpia y ordenada como siempre y la cocina olía a algo agrio quemándose que me hizo estornudar. Tal vez si volvía más tarde lo encontraría. Convencido de esto me dirigí a la puerta para salir, pero justo en ese momento, escuché un grito y un gran ruido. Volteé hacia las escaleras y lo escuché quejarse desde el ático. A mitad de las escaleras distinguí un horrible olor a

quemado y cuando al fin llegué vi el techo abierto y una máquina con una gran punta metálica apuntando al sol artificial, la misma que venía en uno de los ensayos que me había prestado, el señor de las gafas estaba en el suelo.

—¿¡Está bien!? ¿¡Qué pasó!? —pregunté y mientras le ayudaba a levantarse, él rió. —No fue nada, solo esta vieja máquina dándome problemas.

Al final, no pude contener la curiosidad y le pregunté qué es lo que hacía con una de esas, pues en el ensayo decía que solían ayudar a devolver la vista hace muchos años y que todas habían sido destruidas cuando crearon esos mini telescopios para el ojo; bueno, al parecer no todas.

—Hace un tiempo alguien quiso corregir la falla en el cielo artificial, claro, no todos pensaron que

fuera una falla, —volvió a reír mientras giraba la manija de la máquina y se colocaba los guantes controladores.

—Arregló una de esas máquinas inútiles y... ahora puede hacer esto. —Hizo algunas maniobras con las manos y de la punta salieron rayos y un ruido ensordecedor que rodeó toda la habitación. El loco de las gafas se veía tan atento a la escena hasta que volteó a verme y buscó algo en su bata.

—Póntelos o tendrás una terrible jaqueca mañana.

Esa mañana llegó y con eso mi presentación frente a toda la clase. Al principio nadie parecía tener interés pero conforme continúe hablando vi como más y más de mis compañeros me veían.

—Ni el sol ni el cielo artificial pueden hacer lo que los reales podían, pero el científico Nertur puede hacer que así sea —cambié a la siguiente imagen — transformando una vieja máquina puede lograrlo. Solo le hace falta un último elemento y entonces estará listo. —Y con eso terminé mi presentación, la apagué y esperé los obligados aplausos, pero lo que recibí fue aún peor. —Nertur no es un científico, es solo un loco, igual que tú —Saud se burló, mientras me apuntaba con su pluma láser. El resto le siguió el juego.

Escuché al profesor hablar pero no entendí ni una palabra, solo podía ver las caras de mis compañeros disfrutando de tener a alguien a quién apuntar, y no podía soportarlo, no quería hacerlo; así que salí corriendo del salón y atravesé los pasillos

hasta llegar a la puerta principal y, sin pensarlo, por segunda vez crucé la salida hasta llegar a la casa del señor de las gafas.

—Nertur, los escuché, todos decían lo mismo, ¡todos decían que era un loco!, igual que usted —dije desesperado mientras él me pasaba otro pañuelo y se sentaba en el sofá frente al mío.

—¿Quieres saber algo sobre los locos, hijo? — paré de limpiar mis lágrimas y lo miré. —Solo comenzamos a estarlo a partir de que les hemos dado todo lo que piden. ¿Sabes quién hizo el sol artificial? —yo le respondí que eso todos lo sabían, había una estatua en su nombre, el Doctor Kossel, pero él lo negó con la cabeza y sacó una llavecita de su bota. La introdujo en la cerradura de una de las mesitas que estaban en medio de nosotros, sacó un manojito de

papeles y me miró con una gran sonrisa mientras buscaba algo entre ellos. Yo estaba tan ansioso esperando lo que iba a mostrarme, que casi me salía del sofá. Al fin sacó una hoja y me la dio:

El Doctor Nicolas Joan Nertur, actual líder del proyecto “Un nuevo amanecer” acepta la incorporación del Licenciado Rurik Kossel al equipo de trabajo.

Ahí estaba el nombre y la firma del loco de las gafas junto a la del más amado visionario del planeta, ambas en un mismo papel.

—Bueno, —el loco de las gafas se levantó de su asiento —suficiente del pasado por hoy, tenemos un regalo que terminar —me dijo, pero yo no podía ni siquiera parpadear, vi al loco de las gafas listo para subir las escaleras y me imaginé que era yo, porque si

seguía con esto, sería como él, y no, no podía ser como él. Así que hice lo único que había hecho en todo el día: escapé de ahí.

Casi tiro uno de los estantes, pasé por el camino con olor a rata muerta y llegué a la estación, pero no me detuve a esperar el autobús. No paré de correr hasta que llegué a casa y no fue sino hasta que entré a la cocina, que me di cuenta de que mis lágrimas seguían cayendo. ¡No, no quería hacerlo más!, no si eso me convertiría en alguien como el loco de las gafas.

Esa noche no pude dormir, cada vez que cerraba los ojos veía a todos burlarse de mí, de Nertur y de mi abuela, solo éramos unos locos para ellos. Al día siguiente camino a la escuela, y en cada una de las clases, mis compañeros pasaron todo el tiempo

imitándome y señalándome con sus plumas. Al final de ellas no había a donde ir. Me dirigí a casa a preparar la comida como siempre lo había hecho, pero al llegar al cuarto de la abuela, vi que esta vez no estaba rezando y que en lugar del oso de peluche entre sus manos había pañuelos usados. Al verme en la entrada simplemente sonrió como todos los días y se rió de sí misma por ser tan sentimental.

En cuanto terminé de secar los trastes fui a casa de Nertur. Después de haber visto esos tubitos de nuevo en el suelo de la habitación y de que la abuela no me contara ninguna historia, que el resto del mundo me crea un loco no parece importar. Y si el cielo artificial no puede quebrarse y darme el último elemento para ver el mundo como alguna vez ella lo

vio, entonces haré que el rayo pase a través de él para traerlo adentro.

En todo el tiempo que estuve trabajando no tuve ninguna señal de Nertur, pero no podía distraerme ahora o arruinaría todo nuestro progreso. Al siguiente día supe que todo estaba bien al fin cuando los tuve frente a mí.

—¡Tomás! —corrí a abrazarlo tan rápido que casi caímos —¡Lo hice Nertur! —extendí mi mano con las gafas, —¡póntelas!.

Una vez que Nertur dejó de gritar y de reír por cómo veía a través de las gafas, corrimos a casa de la abuela. Subí las escaleras a una velocidad que ni yo sabía que tenía, y aunque tropecé más de cinco veces llegué antes que el señor de las gafas. —¡Tienes que ver esto, abuela! —grité al llegar a la entrada de su

habitación —ah, y debo presentarte a alguien —le dije al ver que al fin Nertur me había alcanzado y se paraba junto a mí saludando a mi abuela con un gesto de mano.

La ayudamos a levantarse y comenzamos a subir las escaleras hacia la azotea. En todo el camino se la pasó preguntando qué había que ver para subir tan alto.

—Si se trata de hacer una primera impresión, no puede esperarse menos —dijo Nertur cuando al fin llegamos. La abuela tenía cara de que no entendía nada mientras esperaba a que dijera algo, yo solo sonreí y le di las gafas que había hecho.

Cuando se las puso soltó un grito de emoción tan fuerte que estoy seguro de que todos los vecinos se despertaron. Miró a todas partes, deteniéndose a

admirar cada cosa que quedara frente a sus ojos o, mejor dicho, al color de ese objeto, probablemente intentando recordar si siempre habían sido de ese tono o algo había cambiado con el tiempo. Cuando terminó de ver todo a su alrededor, con la mirada humedecida y la misma ternura de siempre, volteó hacia donde yo estaba, sonriendo apretó mis mejillas, y si hubiera sido en cualquier otro momento, seguro le habría pedido que se detuviera.

—Mi lindo nieto tiene el mismo color de ojos que yo y apenas me doy cuenta —la abracé y ellos rieron mientras seguimos mirando la ciudad, ahora de una manera distinta, como si de pronto este lugar oxidado y polvoriento se hubiera transformado en un verdadero hogar.

Es casi imposible pensar que siempre estuvo aquí, solo que no podíamos verlo; pero ahora entiendo por qué ella rezaba con tanto entusiasmo y por qué a Nertur no le importaba su apodo. Así que si todos van a decir que soy un loco, quiero que sepan que no soy uno cualquiera

ÚNICO VIAJE

Carlos Zambrano Escalante

Recuerdo que de pequeño me gustaba dormir hasta tarde para ver la luna, sobre todo cuando era luna llena. Me asombraba que a pesar de que se encontraba a miles de kilómetros de mi jardín, era tan grande como para verla desde un telescopio ahí, estampada en el inmenso cielo. No podía dimensionar qué tan grande debía ser en realidad. Quien diría que ahora, desde la ventana de la nave, vería a lo lejos la silueta de la Tierra con el mismo tamaño con que veía a la luna desde el suelo, y pensar que hace unas semanas me encontraba en su superficie viendo al horizonte incapaz de ver el final del mismo.

—¿Es tu primer viaje? —me preguntó un hombre que se encontraba a mi derecha.

—Sí, —le respondí de manera inconsciente. Continuamos charlando mientras dábamos un paseo por uno de los pasillos de la nave. Se llamaba Robert y era un ingeniero aeroespacial. Me contaba cómo participó en la construcción del Hernán XVI, la nave en la que estábamos parados. Resulta que le tomó tres años hacerla, desde la planeación hasta que quedara completa la última pieza, aunque él no estuvo desde el inicio, sino que se integró dos años después de que empezase el proyecto. Por mi parte, le dije que había hecho una maestría en astronomía con un enfoque en el estudio del comportamiento de la superficie de otros mundos fértiles al cultivar distintas plantas. Nos

acercábamos a la zona de comunicaciones cuando mi curiosidad me hizo hacerle una pregunta inevitable.

—¿Te arrepientes de haber subido?

Me respondió que no, que no debería arrepentirse. Dedicó sus estudios a la construcción de naves interplanetarias y a los avances de las mismas, así que estaba consciente de las consecuencias. Me comentó que en un punto del siglo XXIX los avances para reducir el tiempo que toma cada viaje a otro planeta habían llegado a un estancamiento tajante. Terminó diciéndome que el costo de viajar al espacio era su tiempo, un gran costo que estaba dispuesto a pagar para lograrlo.

Su opinión me recordó a la mía, aunque siendo realistas no creí que ninguno de los dos lograra sentirse así durante todo el viaje. Tengo la

oportunidad de tomar este viaje y poder caminar en otro mundo, pero el costo a cubrir serán treinta años de mi vida.

Han pasado nueve meses desde que empezó el viaje. Neptuno tomó el lugar de la Tierra como ese círculo incrustado en el espacio. Mi viaje aún no me desanima, me alegra pensar que si no fuera por este proyecto nunca hubiera podido enfrascarme en un viaje así. El proyecto Pak'ik, razón por la que estoy en esta nave, busca realizar expediciones a colonias para transportar y venderles alimentos que aún no se hayan llevado a ellas. Esta es la primera misión y nos dirigimos a Hera III, uno de los planetas más fértiles que se han colonizado, algo que me entusiasma, aunque me parece muy inusual el alimento que se llevará: tamales, no había oído de ellos antes de

incorporarme al proyecto, pero es un alimento muy común en México que aunque es nutritivo consideraría mejores otros alimentos para el proyecto, -lo digo con mi visión enfocada al estudio de los beneficios nutritivos para las colonias-. Esta era una misión de comercio que buscaba cautivar los placeres culinarios de los colonos y, siendo honesto, me avergonzaba que esta fuera la razón de la misión para mi viaje, pero lo aceptaba como otro requisito más.

Me dirigí hacia el almacén B, en el cual se encontraban cultivos artificiales de maíz, ya que el proyecto proponía proporcionarle un poco del alimento que se transportaba a los miembros de la tripulación, como una forma de mejorar la estabilidad emocional de los pasajeros durante el

viaje. Aún no existen resultados concretos de que sea efectivo, pero me da la oportunidad de continuar con mis investigaciones. Me encargo de analizar el comportamiento de los cultivos para descubrir si tienen cambios adversos en el espacio. Mientras termino mi reporte, escucho los ya usuales estornudos del señor Francisco, casi tan estruendosos como cuando un meteorito choca con la nave, aunque eso es menos común que sus estornudos.

De entre todos los tripulantes, el señor Francisco, o mejor dicho su familia, los Juárez, son los que más contrastan con el resto. En el Hernán hay distintos científicos e ingenieros con diversas funciones para que se logre el viaje. La tarea de los Juárez, una familia mexicana, es la de preparar los tamales para la tripulación durante el viaje, tarea que

continuarán haciendo cuando llegemos a Hera III. Aunque veo al señor Francisco a diario casi nunca hablo con él, no es por el idioma, ya que hablo fluido el español, pero no sé de qué podríamos conversar, por ejemplo, la persona con la que más hablo es Robert porque ambos tenemos esa fascinación por el espacio. Las dudas que nos genera, las maravillas que nos cautivan y, ahora, los descubrimientos que haremos con este viaje; sin embargo, no sé si pueda hablar de esto con Francisco, y es que en todo este tiempo solo le he visto hacer la misma rutina: levantarse muy temprano, trabajar todo el día y luego irse a su cuarto con su familia. Casi no habla con nadie y es muy tímido cuando alguien le dirige la palabra, por ello es que me resigné a no conversar con él.

Tras dos años he podido hablar con alguien más que Robert, se llama Marcos, y sorprendentemente es el hijo de Francisco. Lo conocí los primeros días acompañando a su papá para trabajar en los cultivos. Me impactó lo joven que era, no parecía tener más de trece años y cuando lo vi no entendía qué hacía aquí. Robert me dijo fue decisión de su padre que los acompañara, algo que no podía creer, debería saber lo que implicaba para su hijo, además, ¿con qué motivo lo haría si no tenía ningún interés en el espacio?, ¿para qué subieron a esta nave?, ¿por qué llevar a su hijo en un viaje sin sentido para ellos? Me irritaba de solo pensarlo, pero no quise confrontar a Francisco para no causar problemas, ya que no había nada que pudiera hacer.

Empecé a hablar con Marcos un día que su padre se había enfermado del estómago. Me preguntó qué era lo que escribía en mi máquina todos los días. Traté de explicárselo de la manera más fácil posible, pero solo lo dejé más confundido, por lo que traté de cambiar de tema. Desde ese momento empezamos a platicar. Un día fue a mi cuarto para charlar un rato, ya sabía que tenía doce años y decidí preguntarle si extrañaba la Tierra. Me respondió que no le molestaba estar en el espacio, ya que su rutina es casi la misma que en la Tierra, solo que ahora su cuarto era de acero.

No parecía mentir en que no extrañaba la Tierra, parecía que se sentía mejor aquí. Pero lo último que me dijo me dejó en shock: “es más, aquí no tengo que preocuparme porque me asalten”, pero

antes de poder pedirle una explicación, tocaron a la puerta. Era su madre que lo buscaba para cenar y antes de irse me invitaron a comer con ellos. Esa noche comimos los tres unos tamales de rajas y poco después de acabar la comida Francisco, quien casi ni habló, y Marcos se durmieron por culpa del cansancio. Me quedé conversando un rato con la madre de Marcos, Carmen. En un punto de la plática me dijo que Francisco tiene dos hermanos en la Tierra con los que compartían la casa en la cual vivían desde que se casaron, además del abuelo de Francisco, quien murió a los sesenta años por una enfermedad - dato que me intrigó, ya que gracias a los avances en la medicina, era muy raro que la gente muriera antes de los ochenta, exceptuando los accidentes, claro.

Carmen me explicó que vivían en una zona muy pobre de Puebla y por eso nunca tuvieron buena atención médica, esto junto a la inseguridad hacía que muy poca gente llegara a los setenta. Entendí por qué Marcos se sentía mejor aquí y por qué habían decidido viajar, pero mi intriga no cesaba, por lo que le pregunté cómo es que habían entrado al proyecto. Carmen me contó que les ofrecieron realizar el viaje a cambio de una parte de las ganancias. Una vez que llegaran a Hera III pagarían los costos del viaje y apoyarían a la parte de su familia que se había quedado en la Tierra, así el proyecto reduciría costos en personal.

Jamás habían pensado en viajar al espacio y Francisco sabía que el resto de su familia no tendría ganancias de ello hasta la siguiente generación, pero

Carmen lo convenció de que aceptaran el trato, ya que este viaje sería su única oportunidad de mejorar la vida de Marcos. Al oír esto no podía evitar sentir cierta vergüenza porque yo con este viaje solo buscaba expandir mi conocimiento; me enfoqué tanto en satisfacer mis sueños, que no era capaz de ver el panorama completo para poder comprender que los Juárez no venían por razones de gozo como las mías.

Estaba en mi habitación con Robert y Marcos celebrando el cumpleaños de este último, que ahora tenía veintitrés años, los mismos que yo cuando acabé la universidad. Con el tiempo Marcos y Robert empezaron a volverse buenos amigos, volviéndonos Robert y yo los únicos amigos de Marcos. Le he estado enseñando más sobre astronomía, creo que

quiere dedicarse a ello y me gustaría que cuando lleguemos a Hera trabaje como mi asistente y que con ello tal vez pueda ganar más dinero para su familia. Esa noche nos desvelamos teniendo los tres un gran rato.

Me dirigía al almacén cuando escuché ruidos y fuertes gritos. Era Francisco que, aunque ya estaba grande, discutía sin reparo con unos médicos de la nave. Cuando lo vi decidí no intervenir, ya que conocía el porqué de su rabia y no lo juzgaba. Hacía dos días su esposa había fallecido y el protocolo dictaba que si un tripulante moría, su cuerpo debía ser cremado, pero Francisco quería enterrarla, aunque fuera en estos cultivos. En un instante llegó Marcos y logró calmar la rabia de su padre abrazándolo entre llantos. Me pesaba la pérdida que

había sufrido Marcos, pero ya no era el niño que conocí, ya tenía más de treinta años y era todo un hombre. Tras esto dejó de estudiar y de hablarme, para enfocarse en el trabajo y en cuidar a su padre hasta que tres años después el señor Francisco murió.

Durante los últimos días fui a la enfermería para hacerme un examen de vista, pues hacía tantos años que no salía de esta nave que temía que cuando lo hiciera, mi vista se dañase y no pudiese ver a Hera en todo su esplendor. El momento llegó y al abrirse las compuertas sentí después de tanto tiempo la brisa del aire cubriendo mi cuerpo provocándome escalofríos. Si hubiera sido más joven habría corrido hasta llegar a la superficie, pero mis piernas ya no eran las de antes. Cuando por fin terminó mi viaje por la plataforma de la nave, nos atendió un grupo de

colonos. No los conocía, pero al verlos me alegré de ver un rostro diferente luego de treinta años.

Esperé a que bajara Robert con su silla de ruedas, pues había tenido un accidente hace mucho tiempo por una fuga de gas. Estaba tan feliz como yo de haber llegado y lo seguirá estando por algunos años más hasta que fallezca. Por otra parte, enfrente de mí veo a Marcos, quien camina sin voltear a verme para empezar la producción de tamales. Tras cinco años, Marcos se casaría con una colona que trabajaba con plantas locales y tendrían un hijo. Poco después de que naciera, los vería subirse de nuevo a la nave para viajar a la Tierra y comercializar las plantas que su esposa cultivaba para que las ganancias fueran heredadas a los nietos de los tíos de Marcos. Sin poder hacer nada, solo los veo marcharse mientras

contemplo en el cielo una de las lunas de Hera durante el día. Me vienen a la mente tantas cosas de las que me arrepiento por haber subido a esa nave y otras por las que agradezco haberlo hecho. Hay algo que me entristece: que este no haya sido, ni será, el único viaje.

MOSCA

Erick André Bernandino Hernández

El primer recuerdo que tengo después de la experimentación es haber despertado en una de las encimeras que estaban cerca de la ventana siendo una larva, podía ver mi cuerpo dormido a un par de metros y a un lado de mí un cartel de apenas uno o dos centímetros que decía: “Felicitaciones. Si está leyendo esto significa que el experimento fue todo un éxito”. Yo acababa de postularme para la primera prueba en humanos que transformaría nuestras conciencias en animales por corto tiempo, y al parecer, la prueba había sido todo un éxito.

Personalmente no me emocionaba la idea de ser una mosca, pero necesitaba el dinero para comprar una de esas nuevas televisiones donde se pueden proyectar hologramas realistas de lo que fuera que estuvieran transmitiendo. Al cabo de un par de horas mi cuerpo de mosca se había desarrollado por completo, por lo cual solo abrieron la ventana y me dejaron ir a explorar los alrededores. Era una idea que me aterrorizaba, pero la verdad es que sí quería mucho esa televisión y no tenía nada mejor que hacer ese día.

Con mis pequeñas alas de insecto me dispuse a dar una vuelta y ver qué había en los alrededores: un pequeño parque, un par de edificios y lo que estaba buscando antes de ser convertido en mosca, un puesto de gorditas. Una vez que mis varios ojos

descubrieron el delicioso puesto, no me quedó más que dirigirme hacia él, así que intenté volar en picada hasta postrarme sobre su lona, lo cual logré con cierta dificultad. Desde ahí vi la gran cantidad de manjares que había a mi disposición: unos deliciosos champiñones, queso, chicharrón, flor de calabaza y lo que más me atraía era un pequeño recipiente lleno de chorizo. Ya había olido ese delicioso chorizo en mi forma humana, pero no pude disfrutarlo porque no podíamos presentarnos al proyecto desayunados.

Ahora, siendo una mosca, el platillo se veía mil veces más apetitoso y olía mucho mejor, aunque no podía arriesgarme a bajar y comer, sin que me intentara matar la cocinera. Mucho menos podía acercarme a la parrilla, la cual, para ser honesto, era un espectáculo impresionante, no solo por la comida,

sino que ver la forma en la que se comportaba el fuego siendo de ese tamaño, solo podía ser comparada a cuando vi como se quemaba la casa de mi tío después de que intentara robarse el gas del vecino. La única forma en la que podría acercarme sería esperando a que prepararan una quesadilla con él.

Decidí postrarme en la pared más cercana y esperar a que alguien la pidiera. Una vez ahí, me puse a pensar si me habrían dado alguna clase de misión, o algo así, en el laboratorio. La verdad no estaba seguro de si se me había olvidado o si estaba distraído viendo como el doctor que me estaba conectando a la larva se estaba quedando pelón. Mis pensamientos se disiparon una vez más cuando escuché la palabra chorizo.

Una vez puestos mis ojos en el blanco me dispuse a volar a su hombro para deleitarme con la quesadilla más grande que había visto en mi vida. Bajé de una manera discreta mientras el señor pedía su bebida y una vez que mis patas tocaron la masa de la quesadilla me di cuenta de que jamás había probado algún tipo de comida de una forma como esta. Di un par de pasos más y ahí estaba el chorizo. Podía sentirlo en todas mis patas y no supe si fue porque no había comido, o debido a mi condición de insecto, que pude sentir sabores a través de las patas.

Fue en ese momento en el que más disfruté cualquier comida en toda mi vida. Justo cuando estaba dispuesto a llevar un bocado de esa delicia hacia mi boca, el dueño de la quesadilla me vislumbró y con un solo movimiento de manos me lanzó a volar.

Tardé un par de segundos en estabilizarme, ya que aún no dominaba el arte del volar pero una vez que lo logré, me acerqué al parque que estaba a un par de metros del puesto y una vez ahí, experimenté una de las sensaciones más extrañas de mi vida. Conocía ese olor y era desagradable, pero una parte de mí no podía hacer otra cosa más que acercarse hacia el lugar de procedencia, entonces vi lo que tanto temía: una pequeña pila de heces de perro.

Sabía que era una cosa asquerosa, pero mi instinto me hacía tener unas ganas incontrolables de meterla a mi boca y cada segundo que la veía solo se me antojaba más, hasta que no pude contenerme. Cerré mis ojos y dejé que la naturaleza hiciera su magia. Nunca me había sentido tan humillado, jamás

admitiría ante nadie que había disfrutado de mi comida de una manera inimaginable.

Una vez humillado y golpeado, me dispuse a regresar al laboratorio. Podía ver la ventana abierta desde el parque, así que me levanté en vuelo, pero un par de mis tantos ojos pudo ver por el rabillo al dueño de tan delicioso manjar. Intenté esquivarlo, pero aún no había desarrollado por completo mis sentidos, por lo cual solo volé en zigzag antes de encontrarme en la boca del perro.

Adentro intenté pelear para liberarme, pero parecía imposible y el perro solo intentaba tragarme. Al borde de la muerte dentro de la boca de un perro, del cual acabas de comer sus desechos, te pone a reflexionar: ¿en realidad una televisión vale comerse las heces de un perro? La verdad es que sí, pero que te

mate el perro del cual te acabas de comer las heces es lo que no vale la pena.

Humillado y con una nueva comida favorita, no sé cuántas ganas de vivir me quedan, entonces me di cuenta de que tal vez ya era tiempo de darse por vencido. Dejé de revolotear en la boca del perro y me dejé llevar, ya que mierda comes y en mierda te convertirás...

Solo escuché cómo me tragó el canino y al paso de los segundos sentí como me deshacía en su estómago. Ahí fue cuando desperté. Estaba en el mismo lugar donde me habían conectado a la larva, solo que el contenedor de la larva estaba vacío, y ahí vi al doctor con alopecia sonriéndome. Me hizo un par de preguntas y me dio el sucio dinero que tanto quería.

Hoy me encuentro feliz con mi nueva televisión, sabiendo que no me quedé con el antojo de comer como mosca, aunque a veces aún puedo sentir el jabón cuando me lavo las manos. Pero bueno, a veces se gana y a veces se pierde, por lo menos no me estoy quedando pelón como el doctor.